



ENRIQUE FERNÁNDEZ LEDESMA
(1886-1939)

Pablo Mora*



Enrique Fernández Ledesma, poeta, bibliófilo, historiador y bibliógrafo, fue ante todo un escritor que supo viajar a través de los objetos y documentos antiguos para devolvernos retratos y reconstrucciones literarias de una vitalidad suspendida, como fotos instantáneas. Su oficio fue el del escritor que supo el valor histórico y estético de los documentos antiguos, los cuales transformó en recreaciones puntuales de pasajes y escenarios de la vida cultural de México. Esa vocación y sensibilidad lo llevaron a hacer de su escritura una cámara de luces y atmósferas pretéritas con vida momentánea y de preservación permanente. Con su pluma y mirada el poeta rehabilitó y conservó documentos de la memoria mexicana que fueron también viajes de lector al siglo XIX. Por esa vía el historiador se trasmutó en bibliófilo excelso que naturalmente descubrió e incursionó en la riqueza

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

de la tradición impresa, la tipografía, las artes gráficas y la biblioteca. Esta trayectoria, la cual se originó en la del poeta sensible que publicó el poemario *Con la sed en los labios* (1919), un libro ejemplar y único de un lirismo de mirada provinciana, condujo una labor que en buena medida complementó en su trabajo decisivo como director de la Biblioteca Nacional, entre 1929 y 1936.

Pero antes de rehabilitar y fortalecer su segunda casa, tuvo que “demorar” su permanencia en la Ciudad de México, como lo apunta su coteráneo amigo Ramón López Velarde al dar la bienvenida.

Viene a la capital de tiempo en tiempo, como si se descarriase; y mientras se demora aquí, se complace en subrayar sus ineptitudes de forastero. Se disculpa si mira a una mesera con abundante solicitud, y pide perdón si se retarda en desentrañar una malicia. Tiene treinta años, nariz de largueza y talla de avaricia. Es hombre de sociedad, optimista, comodino, creyente en el fondo, de pasiones equilibradas. Pertenece al número feliz de los que no rompen el timón ni pierden la brújula. Su obra artística mantiene con su persona una concordancia, en lo substancial y en lo externo, que no se ve frecuentemente. Tal concordancia, que nunca falla, hace de él una materia de estudio de las menos difíciles.¹

Enrique Fernández Ledesma nació en Los Pinos, Zacatecas, el 15 de abril de 1886 y murió en la Ciudad de México el 9 de noviembre de 1939. Se trasladó a Aguascalientes hacia 1898 y realizó sus estudios superiores en el Instituto Científico y Literario del estado, institución en la que fue profesor. Durante esa etapa Fernández Ledesma comenzó a explorar en el mundo literario y el periodismo; fundó la revista literaria *Bohemia*; colaboró en *La Provincia* y *El Progresista*, y fue redactor de *El Observador*, así como de *El Espectador* de Monterrey; perteneció a la Asociación de Periodistas de los Estados.

¹ Ramón López Velarde, “El poeta de la provincia circumspecta y galante. Don Enrique Fernández Ledesma [Con una selección de poemas de Fernández Ledesma, en que López Velarde anuncia el futuro libro de aquél]”, *El Nacional*, 5ª época, núm. 688 (28 de julio de 1918): 3.

Viviendo en Monterrey entre los años de 1911 y 1914, incursionó en el teatro con la Compañía Fábregas, que llevó a los escenarios teatrales de la ciudad norteña *Los columpios*, de Fernández Ledesma. Durante los años subsiguientes participó en varios concursos de poesía, obteniendo algunos reconocimientos en provincia. En 1920 viajó definitivamente a la capital cuando fue electo diputado por el segundo distrito de Aguascalientes. En esos años dio clases en el Colegio Militar, al igual que en la Universidad Nacional. La labor periodística de Fernández Ledesma continuó hasta su muerte en publicaciones y revistas como *El Universal Ilustrado* (1917-1928), *La Falange* (1922) y *Antena* (1924), *Nuestro México* (1932), en la Ciudad de México. Asimismo, contribuyó en las páginas literarias que dirigió en *El Universal*, "El Museo de las Letras", entre 1925 y 1926; y en *Excélsior*, "El Polvo de las Horas", entre 1926 y 1928. Colaboró también en la prensa extranjera, como en la revista española *La Esfera*, en *La Nación* de Buenos Aires, la *Revista Mexicana* publicada en San Antonio Texas y otros periódicos de Costa Rica, La Habana, Madrid y Oviedo.

Desde su primer libro, *Con la sed en los labios* (1919), dio concreción a su propuesta estética y a su gusto por el libro; en efecto, este poemario impreso en papel verjurado consta de un tiraje especial con ilustraciones de Gabriel Fernández Ledesma y David Alfaro Siqueiros, aparte la portada ilustrada de los dos tirajes que forman la edición, dibujada por Saturnino Herrán. Asimismo, la edición de otro de sus libros, *Viajes al siglo XIX. Señales y simpatías en la vida de México* (1933), la definen elementos notables en la fabricación del libro como el papel Argón y el Verge Biblios doble peso, los aguafuertes tirados en el tórculo de Francisco Díaz de León, tocados a mano y firmados por éste, y las capitulares grabadas en madera por su hermano Gabriel; además, los tipos móviles romano antiguo, fundidos en 1840 y que pertenecieron a una de las castas que trajo a México Ignacio Cumplido.

Publica también, en 1939, *Historia crítica de la tipografía en la Ciudad de México. Impresos del siglo XIX*. Similares virtudes literarias y de fabricación se exhiben en otro de sus libros: *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX* (1939), una colección de pasajes de género híbrido, entre ensayo biográfico y narrativa, edición suspendida a causa de la enfermedad y muerte de su autor, y que los hermanos de Fernández Ledesma (Manuel y Gabriel) dieron feliz conclusión en 1940. De manera

póstuma aparece *La gracia de los retratos antiguos*, con prólogo del ingeniero Marte R. Gómez, en 1950.

Esta trayectoria de escritor tuvo también un sustento en otras actividades decisivas y definitivas como el de sus acciones y trabajos como director de la Biblioteca Nacional. A partir de 1929, a unos meses de promulgada la Ley Orgánica de la Universidad —una ley que daba la autonomía a la universidad al mismo tiempo que ponía a su resguardo la Biblioteca Nacional—, Enrique Fernández Ledesma asumía la dirección después de haber sido subdirector por algunos años. Se trató de un periodo que duraría hasta el 16 de febrero 1936, caracterizado por una intensa actividad en la misión de sus objetivos fundamentales: promover la riqueza patrimonial cultural de la bibliografía mexicana, fortalecer sus sistemas de información y difundir los acervos nacionales. Concretamente durante esos años, Fernández Ledesma realizó una revaloración de la tradición impresa en México a través de la edición y rescate de la historia de la tipografía, de la producción de ediciones facsimilares de obras clave en la historia de la edición, de la formación de la colección de autógrafos de pensadores y artistas universales y modernos, de la encuadernación de 15 mil libros, etcétera. Asimismo, montó y proyectó exposiciones como las de la conmemoración de los 20 años de la Revolución mexicana, del Centenario del Romanticismo (del cual fue su historiador a través de textos, grabados y litografías), de Manuel Tolsá, de fotografías de Tina Modotti y la de Goethe, acompañadas de varios ciclos de conferencias. Supo compaginar su gusto por las colecciones y su sensibilidad de artista para ofrecer a la Biblioteca un enriquecimiento no sólo cultural sino de infraestructura, con acciones concretas de mejoras en instrumentos, conservación y organización.

Ejemplo de lo anterior fue la formación de catálogos de incunables, de folletos, de iconoteca, de publicaciones periódicas, la creación de la Sección especial Vigil —un servicio de consulta facultativa para bibliotecarios en donde se agrupaban obras especializadas en bibliología, bibliotecología y bibliografía— o la instauración del Taller de Encuadernación. A estas acciones se sumó la apertura de la Hemeroteca Nacional, el 31 de agosto de 1932, con un departamento de prensa en la Capilla de la Tercera Orden. Todo este desarrollo requirió de la gestión de recursos económicos o apoyos estratégicos que el mismo Enrique Fernández Ledesma

planeó mediante proyectos visionarios o creativos, como los programas de radio titulados “Mensajes bibliográficos y críticos de la Biblioteca Nacional de México”, a favor de la difusión de nuevas adquisiciones y el fomento a la lectura, o bien la iniciativa de un “Patronato de Adictos a la Biblioteca Nacional”.

Como resultado de su vocación documental y de bibliófilo exquisito, durante su dirección editó y difundió obras clave de la historia de la edición nacional con la ayuda de Manuel Quesada Brandi, de los Talleres Neolithio. Con él editó la serie facsímile de obras como *Los mexicanos pintados por sí mismos*, *El libro rojo* de Riva Palacio y Manuel Payno, *La historia danzante* (publicación de caricaturas que evoca los acontecimientos políticos de 1873), *México pintoresco* y *Facundo y su laberinto* de Héctor Pérez Martínez, así como una hermosa colección de 32 tarjetas postales. También consiguió del gobierno español una franquicia que permitió enriquecer el acervo de la Biblioteca Nacional con ejemplares de libros publicados en España.

Enrique Fernández Ledesma es ejemplo único del literato, bibliófilo e historiador que como pocos cultivó y difundió la cultura del libro en todos los sentidos porque supo conjurar la importancia del impreso desde sus múltiples virtudes, a saber, desde la belleza material con sus tipos en relieve por las prensas o la encuadernación bajo guardas custodiadas por exlibris, un valor al que sumó la rehabilitación literaria de sus contenidos a través de los documentos y objetos.

Enrique Fernández Ledesma “ante la miniatura de una vitrina” o “la fuga de las antiguallas” rehabilita la historia cultural, se “demora”, porque sabe leer y reconocer el valor de esos grabados, impresos y tarjetas como si fuera “el museo palpitante de la tradición familiar”, objetos o documentos de nuestra cultura impresa. Artesano de la lectura y restaurador de la memoria, supo forjar una maquinaria de rehabilitación bibliográfica que, en buena medida, extendió en la Biblioteca Nacional como jefe de bibliotecarios y que como pocos escritores tuvo la certeza de traducir fragmentos del patrimonio documental en “un catálogo de actitudes inolvidables”.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

López Velarde, Ramón. "El poeta de la provincia circumspecta y galante. Don Enrique Fernández Ledesma [Con una selección de poemas de Fernández Ledesma, en que López Velarde anuncia el futuro libro de aquél]". *El Nacional*, 5ª época, núm. 688 (28 de julio de 1918).



AURELIO MANRIQUE JR.
(1891-1967)

Alberto Partida *



gitada, como la época que le tocó en suerte, la vida de Aurelio Manrique de Lara Hernández parece contener varias en una sola. Plena de excitación, proyectos, fracasos y realizaciones, la biografía de Manrique se modela y esculpe por una férrea voluntad y un espíritu crítico sustentados en un intelecto fuera de lo común.

Nació en San Luis Potosí el 27 de abril de 1891. Realizó sus estudios, al igual que su padre (un destacado abogado que desempeñó diversos cargos en la impartición de justicia en su entidad), en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, en donde fue alumno del maestro Bartolo Guar, a la sazón inspector de Instrucción Pública del estado. Su inteligencia se manifestó en el dominio pleno de la lengua. A los 8 años de edad componía, en la correspondencia que mantenía con su tío paterno, versos en los que utilizaba con profusión y habilidad un léxico

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

inspirado en el lenguaje popular, lleno de picardía; y a los 12 años, ganaba un concurso de la revista norteamericana *High Life*, el cual consistía en formar todas las palabras posibles con apenas media docena de letras, con las cuales logró integrar 27 mil. Sin embargo, el dominio de la palabra no se detenía en un placer lúdico o estético.

La expresión libre de las ideas lo llevó a concebir la creación de un diario, junto a sus hermanas y su hermano pequeño, el cual distribuían entre un pequeño número de suscriptores. Su infancia y primera adolescencia transcurrió en una atmósfera citadina en la que la familia de los Manrique, como la de los Soto y Gama, Rodríguez, Otero, Niño y otras, era altamente apreciada y colaboraba en la creación de un ambiente de inquietud y curiosidad intelectual, en un tiempo en que la agitación política estaba por venir.

Fue entonces, durante los primeros brotes de protesta civil contra la dictadura porfirista, cuando Manrique empezó a frecuentar reuniones políticas. En ellas, junto a Pedro Antonio de los Santos, Juan Barragán Rodríguez, Genaro Niño Arreola y Manuel Aguirre Berlanga, se discutía abiertamente la necesidad de transformar el viejo orden. A resultas de ello fueron acusados de perturbadores del orden público y el prefecto político de la ciudad, Manuel Ugalde, pretendió resolver la cuestión con un fuerte regaño: Manrique protestó y fue el único enviado a los calabozos de Charco Verde, a las afueras de la ciudad.

Llegó a la Ciudad de México en 1908 con la intención de cursar estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Participó en el Congreso Estudiantil de 1910, año en el que pasó de la prepa a la Escuela de Medicina. Fue un activo participante de las luchas estudiantiles. Su vida se movió agitadamente entre la continuación de sus estudios, la necesidad de encontrar una fuente de sustento segura y el activismo político. Entre 1911 y 1913 asistió a diversos cursos de botánica e idiomas. Tomó cursos en la Escuela Nacional de Altos Estudios y en la Escuela de Medicina se inscribió a las clases de Farmacia galénica, Patología interna y externa, Anatomía patológica, Fisiología y Clínicas interna y externa. Frecuentó asiduamente el Instituto Médico Nacional, en donde, con recomendación de su director, el doctor José Terrés, fue nombrado estudiante colaborador el 28 de diciembre de 1911. Recibió luego una pensión estudiantil del entonces secretario de Instrucción, Jorge Vera Estañol.

Desempeñó durante un par de meses funciones como traductor de *Le Courier du Mexique et de l'Europe*, a principios de 1912. Consiguió un puesto como ayudante en la cátedra de Química biológica en marzo del año siguiente, y luego como ayudante interino de los preparadores de Química médica en la Escuela de Medicina. En ese momento se sintió seguro de su vocación como botánico y, por ende, de un futuro cierto; entonces, le escribió a su padre: “he comprendido que en ella [la botánica] estriba en buena parte mi porvenir”.

En 1914 —durante la aparente paz que a los universitarios ofrecía la mano dura del dictador— consiguió finalmente el nombramiento de profesor titular de Botánica. Para completar sus magros ingresos como docente, a finales de ese año aceptó el llamado para ocupar el cargo de perito intérprete en el Distrito Federal.

En medio de las tensiones entre la Convención y el carrancismo, y a pesar de la purga de destacados intelectuales y universitarios luego de la caída del dictador, el aprecio que la joven *intelligentsia* universitaria recibió para confiarle cargos de responsabilidad benefició a diversos compañeros de la lucha estudiantil, personalidades que con el paso del tiempo descollaron en la función pública. Es probable que las dotes intelectuales de Manrique llamaran la atención de Luis Manuel Rojas —abogado, diputado federal en la XXVI Legislatura en 1912, miembro del bloque renovador que se negó a aceptar la renuncia del presidente Madero y posterior director de la Biblioteca Nacional (de septiembre a diciembre de 1914 y de agosto de 1915 a abril de 1917)— quien durante su segunda gestión como director de la Biblioteca lo nombró primer oficial clasificador (noviembre de 1915 - abril de 1917).

La agudeza y claridad intelectual del profesor Manrique le permitieron integrarse ventajosamente al proyecto general de renovación que se daba en la Biblioteca Nacional desde la anterior administración del maestro Luis G. Urbina. Junto a quienes luego se convertirían en figuras señeras de la bibliotecología mexicana, Agustín Loera y Chávez (promotor del proyecto de formación de una Dirección Nacional de Bibliografía y luego de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, 1915-1918), el doctor Atenógenes Santamaría (seminarista, destacado latinista y avezado colaborador en la organización de la sección de obras de Religión y Teología), Juan Bautista Iguíniz (a quien le tocó la sección de obras

de Historia y luego destacó enormemente en la vida institucional de la Biblioteca Nacional, llegando a ser director de ella y fundador de la moderna Escuela Nacional de Bibliotecología y Archivonomía), Manrique se ocupó de la coordinación de las labores de clasificación en general, y en particular de la sección de obras de Lenguas (Filología y Lingüística), auxiliando además en todo lo concerniente a dificultades para el análisis y registro de las obras en lenguas extranjeras (haciendo alarde de sus dotes de políglota).

Una de las contribuciones centrales que esta generación aportó a la Nacional fue la actualización del sistema de clasificación del acervo, reemplazando el vigiliano del bibliotecario belga Jean-Pie Namur, por la clasificación decimal del Instituto Bibliográfico de Bruselas y empleando además las tarjetas catalográficas en sustitución de los catálogos impresos publicados entre 1889 y 1908. Ofició también como traductor de la correspondencia del director Rojas y colaboró en la elaboración de manuales y reglas para el adecuado procesamiento técnico del caudal bibliográfico de la Nacional.

A él se debe la iniciativa de anotar con lápiz la clasificación de las obras en la hoja de guarda de los libros procesados, anotando además las siglas del catalogador, con la doble finalidad de conocer su productividad de trabajo y determinar la responsabilidad de su ejecución. Antes de su salida en abril de 1917, elaboró el programa de la cátedra de Biblioteconomía de la ENBA. Paralelamente, Manrique ocupó la plaza de preparador de botánica en la Escuela Nacional Primaria para Maestros, al tiempo que impartía un curso libre de lengua italiana en la Universidad Nacional.

El profesor abandonó su carrera como docente y bibliógrafo el 21 de abril de 1917, tras ser nombrado diputado electo por el primer distrito del estado de San Luis Potosí, y fue reelecto en 1921. En 1920 participó activamente en la creación del Partido Nacional Agrarista, de filiación obregonista, junto a otras figuras como su viejo conocido Antonio Díaz Soto y Gama, Rodrigo Gómez y Felipe Santibañez. Luego formó, en alianza con el Partido Laborista, la Confederación Nacional Revolucionaria, grupo que derrotó al viejo carrancismo representado por el Partido Liberal Constitucionalista. Repitió como diputado en 1923, con la representación del primer distrito del entonces Distrito Federal.

Ese mismo año, 1923, y con el apoyo del general Álvaro Obregón, Manrique fue llevado a la gubernatura de su estado, contando con el soporte militar del general Saturnino Cedillo (haciendo honor al lema de combate político del profesor: "Por la razón o por la fuerza"). Su mandato se caracterizó por una apertura democrática sin precedentes, abandonó todo privilegio para la figura del mandatario y estableció una política de puertas abiertas en el palacio de gobierno.

Sus soluciones a los conflictos laborales llegaron incluso más lejos de las demandadas por los trabajadores, pues usó intensamente la Junta Local de Conciliación y Arbitraje para el establecimiento de las reglas en las relaciones obrero-patronales, lo cual empezó a generar incomodidad entre la burguesía local y la clase política nacional. Su política en materia de reparto agrario, al poner en práctica lo que en otros lugares no pasaban de ser meras iniciativas, dio un tinte radical a su gobierno. Evidentemente, esto no podía llegar lejos.

Dos años duró la quijotesca aventura manriquista: acusado de bolchevique, su gobierno se vio privado de todo apoyo. A través de un "camarazo" el gobernador fue desaforado. Según cuenta Gonzalo N. Santos, el intransigente civilista Manrique se encaramó a la copa de un árbol para gritar, exigiendo respeto a su condición de gobernador del estado.

El asesinato de Obregón en 1928 puso a prueba nuevamente su alto valor civil. Cuando Plutarco Elías Calles terminó la lectura de su último informe de gobierno, en medio de la efusión que había dejado su discurso, en el que afirmaba la contingencia del individuo en contraposición a la permanencia de las instituciones, y anunciaba un porvenir distanciado del viejo caudillismo, Manrique lo acusó de farsante.

Su osadía lo condujo al exilio entre la comunidad mexicana de Los Ángeles, en donde, según algunos testimonios, vivió durante cuatro años en medio de una lamentable penuria. Con muchas dificultades y celado por sus enemigos políticos, Aurelio Manrique Jr. regresó al país e inmediatamente se dio a la tarea de organizar la Confederación Nacional de Partidos Independientes, la cual lanzó la candidatura presidencial de Antonio I. Villarreal.

El presidente Lázaro Cárdenas lo nombró en 1934 director general de Información de la Secretaría de Gobernación, pero no completó el sexenio en el cargo. Es probable que Cárdenas, ante las conflictivas

relaciones que mantenía su gobierno con la Universidad, recurriera a Manrique para dirigir la Biblioteca Nacional, de la cual se hizo cargo entre 1936 y 1941, tomando en consideración tanto su rica experiencia en las lides políticas como el conocimiento que tenía de la institución al haber trabajado en ella dos décadas atrás.

La administración de Manrique se caracterizó por la atención concedida a las dificultades de organización del acervo y a su adecuado tratamiento técnico, con miras a mejorar su uso y consulta. Nuevamente, como en su juventud, se dio a la tarea de avanzar seriamente en el proceso de catalogación. Es muy probable que durante su gestión, con el fin de aplicar un sistema de clasificación eficiente y que al propio tiempo fuera lo suficientemente flexible para una biblioteca con la diversidad de colecciones como la que tiene la Nacional, comenzara a aplicarse el sistema que todavía se utiliza hoy, combinando la clasificación decimal con la de Cutter.

El proceso de renovación del catálogo fue un trabajo monumental de actualización, cuyos resultados lamentablemente quedaron oscurecidos por los sucesivos trabajos de mantenimiento y restauración del edificio, así como el intento de traslado del acervo a la Ciudad Universitaria.

Su preocupación por profundizar en el conocimiento de la riqueza bibliográfica de la Biblioteca Nacional quedó reflejada en la posterior formación de grupos de investigación interesados en el rescate y valoración de su acervo. Igualmente, se preocupó de difundir las colecciones a través de diversas exposiciones. El interés de Manrique por la situación presente y futura de la Biblioteca puede apreciarse claramente en las donaciones que repetidamente hizo de materiales de oficina, cedidos por él en condición de director de la Oficina de Pensiones Civiles de Retiro (1940-1946).

Ingresó al cuerpo diplomático en 1946, siendo designado embajador de México en Suecia por el presidente Miguel Alemán. Entre 1951 y 1952 se hizo cargo de la legación mexicana en Noruega y volvió a Suecia, donde residió durante tres años más. En 1956, actuando como embajador en Dinamarca, le fue concedido el retiro del servicio civil y retornó al país. En esos años desarrolló aún una intensa labor periodística. En reconocimiento a sus altos valores como ciudadano, la Cámara de Senadores le otorgó en 1962 la medalla "Belisario Domínguez".

Aurelio Manrique murió en la Ciudad de México a la edad de 76 años, el 5 de julio de 1967.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



JOSÉ VASCONCELOS
(1882-1959)

Iván Santiago Sales Ortega *



Mucho se ha escrito sobre el maestro José Vasconcelos y sus logros, ideas y planes para el país. Desempeñó cargos importantes, como el de secretario de Educación Pública, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, director de la Biblioteca Nacional, e incluso fue candidato presidencial.

José Vasconcelos Calderón nació en Oaxaca el 27 de febrero de 1882. En 1907 obtuvo el grado de licenciado en Derecho por la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En 1909 fundó el Ateneo de la Juventud Mexicana, institución dedicada a la difusión del arte y la cultura, mientras predicaba ideas como el positivismo, la libertad de cátedra y la reafirmación de los valores culturales durante el Porfiriato.

En 1914 fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria y en 1921 llegó a ser rector de la Universidad Nacional, durante poco más

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

de un año, de julio de 1920 a octubre de 1921. En ese periodo consolidó el lema actual de la Universidad, “Por mi raza hablará el espíritu”, y su escudo. También en 1921 es nombrado secretario de Educación. Además, fue candidato presidencial para las elecciones de 1929 por el Partido Nacional Antirreeleccionista, pero perdió contra Pascual Rubio, un hecho oscuro en la vida de Vasconcelos. Después de dejar el país algunos años, regresó para fundar El Colegio de México y ser director de la Biblioteca Nacional de México.

Escritor de libros memorables como *La raza cósmica*, *Prometeo vencedor*, *Ulises Criollo* y *La sonata mágica*, entre otros; gran forjador de la educación moderna en México, Vasconcelos fue una importante figura para la Biblioteca Nacional, incluso antes de ser su director en la década de los 40. Podemos dividir sus contribuciones a esta institución en tres etapas significativas: la figura de la Biblioteca Nacional en su proyecto bibliotecario, la propuesta para el edificio y sus aportaciones como director.

Desde joven Vasconcelos tuvo contacto con bibliotecas nacionales e internacionales; le interesaban los materiales, las colecciones y los servicios; sus acciones en la SEP y en la UNAM estuvieron marcadas por dichos intereses. Consideraba la UNAM como parte integral de la educación. En 1921 se creó el Departamento de Bibliotecas, que formaba parte de la Secretaría de Educación Pública.

En 1935, en su libro *De Robinsón a Odiseo*, explicó a fondo su proyecto bibliotecario, dividido en siete niveles bien estructurados y diferenciados. En el séptimo y último nivel incluyó a la Nacional como una biblioteca de “bibliografía ilimitada” y consideró que debía dar servicio a todo el país. Además de eso, el plan incluía un listado de libros “básicos” que no deben faltar en una biblioteca, obras de toda temática y de autores internacionales y americanos.

Para el edificio de la Biblioteca tenía en mente unos predios al poniente de la Alameda Central, pero fueron vendidos por el secretario de Hacienda durante el Porfiriato —los que posteriormente se utilizaron para la construcción del Hotel Regis—. Vasconcelos no sólo resintió este acto por sí mismo, sino porque durante su gestión tampoco fue posible iniciar la construcción de un edificio destinado a tal repositorio.

En cuanto al edificio de la Biblioteca Nacional, Vasconcelos tenía una idea un tanto romántica, inspirada en sus conocimientos sobre la

Biblioteca de Alejandría. Consideraba que debía ser, además de una biblioteca, una galería de pintura, un museo con arte colonial y objetos arqueológicos, y una sala de conciertos, todo esto dentro de un ambicioso edificio con características bizantinas y musulmanas.

Indicaba que: “Deben organizarse, muy por encima de lo que son hoy, la mayor parte de las Bibliotecas nacionales, hacinamiento de todo lo que se edita en el país y resaca de lo que se naufraga por el extranjero. Si ha de darse vida a la Biblioteca, es menester incorporarle la Galería de Bellas Artes, el Museo y la Música [...] el palacio del alma colectiva nacional”.¹ Concluye su muy amplia descripción: “No existe hasta la fecha, ni ha existido antes, una Institución como la que esbozo, y esta es una razón más para crearla, porque el deber de nuestra América es poner los medios para que se cumpla una nueva síntesis humana [...] Se olvida que las armas no triunfan si antes no se ha creado un espíritu”.²

En cuanto a su estancia como director de la Biblioteca Nacional durante la administración del presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946), es un poco complicado puntualizar sus acciones; esto se debe, en parte, a que en ese periodo no se emitía el *Boletín de la Biblioteca Nacional* y la información de esa etapa de su vida es insuficiente y dispersa.

Podemos señalar, por ejemplo, que durante su desempeño como director fue creada la Hemeroteca Nacional, el 28 de marzo de 1944, por el entonces rector de la UNAM, Rodulfo Brito Foucher. En ese periodo se trasladó una gran cantidad de libros y revistas al antiguo templo de San Pedro y San Pablo.

En un aspecto más personal, hay que tener en cuenta que en la década de los 40 Vasconcelos era un hombre de más de 60 años, recién llegado de un exilio de nueve años y con ideas políticas que le ganaron ser considerado simpatizante de los movimientos conservadores de ultraderecha. A pesar de esto, él decía a su regreso, en 1938: “regreso a mi país gustosamente [...] No vengo a dar excusas ni a sonreír a mis enemigos

¹ Citado por Adolfo Rodríguez Gallardo, *José Vasconcelos: alfabetización, bibliotecas, lectura y edición* (México: UNAM, 2015), 301.

² *Ibid.*, 308.

[...] Sigo y seguiré a la órdenes del pueblo mexicano por encima de toda consideración de conveniencia o partido".³

Una anécdota de Alfonso Taracena, en 1943, cuenta que: "Un día lo encontré en la Biblioteca Nacional preocupado porque Mussolini había dejado desembarcar yanquis en un islote del Mediterráneo para dar el asalto a la península. Le dije que no se preocupara, que sólo se trataba de un islote habitado por cabras, a lo que él contestó: 'Y las cabras encantadas porque desembarcaron cabrones'".⁴

Además de enfocarse en la dirección y mejora de la Biblioteca Nacional durante esos años, también tomó el hábito de novicio de la Venerable Orden Tercera de San Francisco (por entonces Vasconcelos tuvo un renacer espiritual y una nueva fe en la religión católica) en 1943 y fue miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Bibliografía en 1946.

Había quedado atrás la época en la que Vasconcelos era optimista sobre la situación del país y, a pesar de siempre dar su mayor esfuerzo para el desarrollo de la educación, en el ocaso de su vida se le podía observar resentido, como pasó en las elecciones fallidas de 1929, cuando pronunció estas palabras: "Llevo 30 años de predicar en vano, México es, por ahora, un país envilecido e irredimible. La gente está sorda y muda. Ya no predico. Estoy viejo y enfermo".⁵

Siempre fue un hombre modesto y honrado; pudo vivir holgada y tranquilamente por el resto de sus días, disfrutando moderadamente de los placeres del vino y la comida. Esta escena la describe el historiador Alejandro Rosas, como "Apasionado, abierto, hombre de acción en su juventud y madurez; descreído y receloso en su vejez".⁶ Falleció un 30 de junio de 1959, a los 77 años.

No cabe duda de que José Vasconcelos fue un gran hombre, pensador y escritor, pero sobre todo un ser humano que siempre buscó lo mejor para su país, la educación y las bibliotecas. Tuvo una larga carrera, en la que se observan las aportaciones que hizo a la Biblioteca Nacional, desde sus correspondencias con el director Martín Luis Guzmán, cuando

³ Citado por Alejandro Rosas Robles, "El otro Vasconcelos", <http://calderon.presidencia.gob.mx/2005/07/el-otro-vasconcelos>.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

era secretario de Educación (en 1921), hasta sus aportaciones ya como director en la Nacional en 1946.

Es necesario recordarlo como un hombre cuya pasión y motivación en la vida fueron la educación y las bibliotecas, entre ellas, por supuesto, la Biblioteca Nacional de México. Concluyo con esta frase de Vasconcelos: "A causa de que la emoción abarca más que la inteligencia, urge asignarle un sitio de honor como instrumento del conocimiento".⁷

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Rodríguez Gallardo, Adolfo. *José Vasconcelos: alfabetización, bibliotecas, lectura y edición*. México: UNAM, 2015.
- Rosas Robles, Alejandro. "El otro Vasconcelos". <http://calderon.presidencia.gob.mx/2005/07/el-otro-vasconcelos>.
- Vasconcelos, José. *El viento de Bagdad: cuentos y ensayos*. México: Letras de México, 1945.

⁷ José Vasconcelos, *El viento de Bagdad: cuentos y ensayos* (México: Letras de México, 1945), 200.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



JUAN BAUTISTA IGUÍNIZ VIZCAÍNO
(1881-1972)

María de los Ángeles Espino Rivera*
Marina Garone Gravier*

La figura de Juan Bautista Iguíniz, uno de los promotores de la cultura del libro en México, destaca en múltiples facetas, ya que sus trabajos se vinculan con la creación de la *Bibliografía Mexicana*, la formación de personal de bibliotecas, la construcción de asociaciones profesionales, la docencia en historia del libro, la biblioteconomía, la bibliotecología y la administración en diversos ámbitos del ramo bibliotecario.

Proveniente de Irún, en Guipúzcoa (País Vasco, España), la dinastía de la cual provienen sus antepasados llegó a Nueva España en 1782, con

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

José Felipe de Iguíniz, cuyos descendientes se establecieron finalmente en Guadalajara, Jalisco, cuna de los abuelos paternos de Juan B. Iguíniz.¹

Según consta en la historia que el propio Juan hace de su familia, su abuelo, “don Evaristo Iguíniz, era poseedor de una biblioteca escogida y variada”² que fue engrandeciéndose con el paso de las generaciones; su padre, José María, no siguió los negocios familiares y, en cambio, se dedicó al ramo de la imprenta y encuadernación, aunque ocupó también varios cargos públicos en Jalisco. En 1862 Iguíniz padre se casó con María de Jesús Vizcaíno —quien sería un gran apoyo e influencia durante toda la vida de Juan Bautista—, enlace del que nacieron varios hijos, con Juan como primogénito, quien heredaría el taller paterno.

Iguíniz estudió humanidades y filosofía en el Seminario Conciliar Mayor de la Arquidiócesis, pero pronto realizó estudios históricos en el archivo del Arzobispado del Sagrario Metropolitano de Guadalajara y colaboró en la publicación de la revista *Biblioteca Histórica Jalisciense*;³ ambos hechos le merecieron la invitación de Francisco de Paula Andrade para integrar el grupo de jaliscienses que participó en el traslado del Museo Nacional, que dirigía Genaro García.⁴

Iguíniz llegó a la Ciudad de México en 1910, para trabajar y estudiar Historia en el Museo Nacional. Al año siguiente publicó en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* el ensayo “La imprenta en la Nueva Galicia”.⁵ Asimismo, incursionó en el área bibliotecaria, primero como ayudante en el Museo Nacional y más tarde como catedrático de biblioteconomía y bibliotecología. Posteriormente, obtuvo cargos administrativos en la Escuela Nacional de Bibliotecarios, de la cual también fue director. En ese contexto, recibió el estímulo de Agustín Loera

¹ Ricardo Lancaster-Jones, “Don Juan B. Iguíniz, como historiador de Jalisco y genealogista local”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (julio-diciembre de 1972): 25.

² Juan Bautista Iguíniz, *Los Iguíniz de México: monografía histórica, biográfica y genealógica* (México: Aldina, 1967), 72.

³ Liduska Cisarová Hejlová, “Aportación de los bibliógrafos en México de 1899 a 1967: una aproximación crítica” (tesis de doctorado en Bibliotecología y Estudios de la Información, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011), 55.

⁴ *Ibid.*, 56.

⁵ José Luis Rublío Islas, “Bibliografía de un bibliógrafo (la del Dr. Juan B. Iguíniz)”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (julio-diciembre de 1970): 55.

y Chávez para adaptar a la realidad mexicana planes y programas que aquél había visto en su visita a Estados Unidos.

En su fase de ayudante de bibliotecario en el Museo Nacional, se percató de las necesidades teóricas y prácticas para el cuidado de ese acervo, así como de los nacionales, lo que lo motivó a participar en la profesionalización de los bibliotecarios empíricos.⁶ “fue quien realmente escribió para los bibliotecarios”.⁷ Además, trabajó en la biblioteca Iberoamericana del Observatorio Nacional Astronómico y de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y fue subdirector y director de la Biblioteca Nacional.

Fue activo promotor de la creación de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos (ABM), fundada el 8 de marzo de 1924, de la cual fue su primer presidente. En dicha institución participaron además Amantia Ruiz, Juan Híjar y Haro, Rafael Heliodoro Valle, José Campos y Antonio Tagle, entre otros.⁸ La misión de la ABM era contribuir a la superación moral, económica e intelectual de los bibliotecarios mexicanos; la ABM también contó con un boletín propio.⁹

En el área de la bibliografía mexicana¹⁰ Iguíniz participó en el establecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano —precedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas— y, según opinión de Roberto Moreno de los Arcos, su labor allí “le mereció un puesto indiscutible entre los mejores continuadores de Vigil”.¹¹ Por iniciativa de Loera y Chávez, Iguíniz se incorporó al Proyecto de Reorganización de la Biblioteca Nacional, en 1915, donde implementó novedades en los aspectos de clasificación.

⁶ *Ibid.*, 9.

⁷ Martha Alicia Añorve Guillén, *El despertar de la vocación biblioteconómica de Juana Manrique de Lara (1897-1922) en el marco de las instituciones bibliotecarias de su tiempo* (México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2002), 66.

⁸ En el Archivo de la Biblioteca Nacional de México existe abundante documentación sobre el origen de esta institución. También puede consultarse la obra de Joel Estudillo García, “Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno: su contribución a la formación de bibliotecarios en México (1915-1961)” (tesis de maestría, UNAM, 2008), 103.

⁹ *Ibid.*, 104.

¹⁰ Alicia Perales de Mercado, “Don Juan B. Iguíniz, el maestro”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (julio-diciembre de 1970): 69.

¹¹ Roberto Moreno de los Arcos, “Don Juan B. Iguíniz y la bibliografía mexicana”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (julio-diciembre de 1970): 38.

En su práctica docente, Iguíniz participó en la Escuela Nacional de Bibliotecarios, dependencia del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, donde impartió la materia de clasificación y catalografía.¹² En varios momentos de la historia de esa institución Iguíniz figuró como maestro activo en los aspectos técnicos del diseño de los programas. Cuando en 1946 se planteó la apertura del nivel profesional, subprofesional y cursos de capacitación, Iguíniz se dedicó a impartir las materias de Historia del libro, Selección de libros y Técnica bibliográfica.

La vinculación de Iguíniz con la Universidad Nacional se remonta a 1924, por solicitud del rector, para que impartiera un curso libre teórico-práctico de Biblioteconomía, con temas sobre el libro, las artes gráficas, aspectos bibliográficos y las bibliotecas desde su origen hasta su evolución. En esos años la Facultad de Filosofía y Letras contaba con diversas disciplinas, y la labor bibliotecaria formaba parte del programa de arqueología, “donde se menciona la enseñanza de la bibliografía arqueológica”.¹³ La evolución de la profesión, aunada a los requerimientos nacionales, llevó a que en 1954 el Consejo Técnico de la Facultad de Filosofía y Letras aprobara la creación del Colegio de Biblioteconomía y Archivología.¹⁴ En calidad de consejero suplente, Iguíniz colaboró en la creación del plan de estudios de la carrera, que estuvo vigente hasta 1960,¹⁵ y también participó como docente hasta 1971, cuando se jubiló al cumplir los 90 años.

En sus facetas administrativas, le tocó participar y estar al frente de importantes instituciones. Durante el gobierno de Venustiano Carranza se buscó conocer el funcionamiento del sistema bibliotecario estadounidense, mediante el envío de una misión de profesionistas.¹⁶ Eso dio pie al proyecto de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, dependiente de la Biblioteca Nacional, de la cual Iguíniz sería —además de

¹² Añorve Guillén, *El despertar de la vocación*, 25.

¹³ Adolfo Rodríguez Gallardo, *Formación humanista del bibliotecólogo hacia su recuperación* (México: UNAM, CLIB, 2003), 94.

¹⁴ Ofelia Solís Valdespino, “El Colegio de Bibliotecología y Archivología 1956-1980” (tesis de licenciatura en bibliotecología, UNAM, 1991), 67.

¹⁵ Estudillo García, “Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno”, 103.

¹⁶ *Ibid.*, 70.

profesor de Catalografía— director por corto tiempo.¹⁷ A ese antecedente se sumó su trabajo en la Biblioteca Nacional de México, que llegó a dirigir tras la renuncia de José Vasconcelos.¹⁸ En esa institución procuró el incremento de los acervos con documentos valiosos de Luis García Pimentel sobre las misiones franciscanas del norte de la Nueva España en los siglos XVI al XVIII, mejoró la clasificación con el sistema Dewey,¹⁹ impulsó la profesionalización del personal y construyó una nueva reglamentación interna.

Su amplia gama de conocimientos en artes, oficios y cultura del libro proporcionó a Iguíniz un pensamiento múltiple e integral, el cual le permitió desenvolverse en varios ámbitos, siempre con el libro como eje de sus preocupaciones. Entre su producción escrita destacan numerosos textos —además del mencionado sobre la imprenta novogalaica—, a saber: *Los historiadores de Jalisco. Epítome bibliográfico* (1918), *La imprenta en México durante la dominación española* (Maguncia, 1925), *Bibliografía de novelistas mexicanos. Ensayo biográfico, bibliográfico y crítico* (1926), *Biblioteconomía. Manual de biblioteconomía. Los libros, las bibliotecas, la clasificación decimal, los catálogos bibliográficos* (1929), *Bibliografía biográfica mexicana* (1930), "Algunas bibliografías bibliográficas mexicanas" (1933), "La biblioteca Turriana" (1940), "La Biblioteca Nacional de México" (1940), *El libro. Epítome de bibliología* (1946), "El éxodo de documentos y libros mexicanos al extranjero" (1953), "El bibliotecario moderno", *Léxico bibliográfico* (1959), y *Disquisiciones bibliográficas. Autores, libros, bibliotecas, artes gráficas* (1965).²⁰

El afecto que profesó siempre a su tierra natal se manifestó en obras como *Los historiadores de Jalisco*, la cual se consolidó como un título clásico; de su prosa y visión historiográfica, Ernesto de la Torre Villar señaló:

¹⁷ Iguíniz, "La Biblioteca Nacional de México", *Revista de Historia de América*, núm. 8 (abril de 1940): 9.

¹⁸ *Ibid.*, 10.

¹⁹ Iguíniz, *Instrucciones para la redacción y formación de los catálogos bibliográficos según el sistema de Melvin Dewey adaptadas a las bibliotecas hispano-americanas* (México: Biblioteca Nacional, 1919).

²⁰ Una bibliografía completa de sus obras está en el sitio web del Instituto de Investigaciones Históricas, con la entrada "Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno (1881-1972)", http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lostrabajos/Iguiniz_Vizcaino.pdf.

“No debía buscarse [...] ni elegancia retórica, ni dizque profunda reflexión, sino la expresión segura y certera y firme del hombre que sabe lo que dice, del hombre que en su palabra guarda la sabiduría del pueblo que es franco en su lengua y llama a las cosas por su nombre”.²¹

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Añorve Guillén, Martha Alicia. *El despertar de la vocación biblioteconómica de Juana Manrique de Lara (1897-1922) en el marco de las instituciones bibliotecarias de su tiempo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2002.
- Cano Andaluz, Aurora y Joel Estudillo García. “Juan Bautista Iguíniz y la historia de la profesión bibliotecaria en México (1915-1971)”. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, nueva época, 12, núms. 1 y 2 (primer y segundo semestres de 2007): 153-197. <http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/view/65/63>.
- Carrasco Puente, Rafael. “Recordación de Juan B. Iguíniz”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970): [15]-16.
- Castro, Miguel Ángel. “Del Boletín de la Biblioteca Nacional de México al Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas”. *Biblioteca Mexicana* 50, núm. 4 (abril-junio de 2011).
- Cisarová Hejdová, Liduska. “Aportación de los bibliógrafos en México de 1899 a 1967: una aproximación crítica”. Tesis de doctorado, UNAM, 2011.
- Dávila Garibi, José Ignacio Paulino. *Congratulación al erudito historiador y bibliógrafo Juan B. Iguíniz con motivo de sus bodas de oro de escribir para el público*. México: Cultura, 1959.
- Estudillo García, Joel. “Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno: su contribución a la formación de bibliotecarios en México (1915-1961)”. Tesis de maestría, UNAM, 2008.

²¹ Ernesto de la Torre Villar, “Presentación”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970): 10.

- Iguíniz, Juan B. *Instrucciones para la redacción y formación de los catálogos bibliográficos según el sistema de Melvin Dewey adaptadas a las bibliotecas hispano-americanas*. México: Biblioteca Nacional, 1919.
- _____. *Elementos de bibliografía y biblioteconomía*. México: Librería de Pedro Robredo, 1923.
- _____. "La Biblioteca Nacional de México". *Revista de Historia de América*, núm. 8 (abril de 1940).
- _____. *Los Iguíniz de México. Monografía histórica, biográfica y genealógica*. México: Imprenta Aldama, 1967.
- _____. "Apuntes para la historia de la enseñanza de la biblioteconomía en México". *Boletín de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas*. II, núms. 3, 4 y 6 (1954).
- Instituto de Investigaciones Históricas. "Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno (1881-1972)". http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lostrabajos/Iguiniz_Vizcaino.pdf.
- Lancaster-Jones, Ricardo. "Don Juan B. Iguíniz, como historiador de Jalisco y genealogista local". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970).
- Morales Campos, Estela. *Educación bibliotecológica en México, 1915-1954*. México: UNAM, 1989.
- Moreno de los Arcos, Roberto. "Don Juan B. Iguíniz y la bibliografía mexicana". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (julio-diciembre de 1970).
- Perales de Mercado, Alicia. "Don Juan B. Iguíniz, el maestro". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970).
- Quintana, José Miguel. "Un ex-librista y los ex-libris". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970).
- Rublúo Islas, José Luis. "Bibliografía de un bibliógrafo (la del Dr. Juan B. Iguíniz)". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970).
- Solis Valdespino, Ofelia. "El Colegio de Bibliotecología y Archivología 1956-1980". Tesis de licenciatura en bibliotecología, UNAM, 1991.
- Torre Villar, Ernesto de la. "Juan B. Iguíniz: in memoriam". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 7 (enero-junio de 1972).
- _____. "Presentación". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 4 (julio-diciembre de 1970).

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS



MANUEL ALCALÁ ANAYA
(1915-1999)

María Alejandra Valdés García *



don Manuel Alcalá Anaya se le puede recordar por muchos de sus desempeños. Fue diplomático, políglota, literato, escritor y académico. En 1936 se graduó de bachiller en la Escuela Nacional Preparatoria. Obtuvo el grado de maestro en Letras Españolas con la tesis titulada “En torno al humanismo: Virgilio y Garcilaso”, en 1944, y el de doctor en Letras con “De César y Cortés”, en 1948, ambos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Dedicó 25 años de su vida a la docencia. Desde 1940 hasta 1964 fue profesor de lenguas y literatura en distintos recintos nacionales e internacionales: Escuela Nacional Preparatoria y Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Lycée Franco-Mexicain, Institut Français d'Amérique Latine (IFAL), Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, Universidad de las Américas y El Colegio de México. En el extranjero enseñó en el

* Colegio de Letras Clásicas, FFYL, UNAM.

Vassar College de Nueva York, en el Bryn Mawr College de Pensilvania, el Middlebury College en Vermont y en la Western Reserve University en Cleveland, Estados Unidos, así como en la Universidad Nacional de Asunción, Paraguay.

Podemos constatar su indudable gusto por la literatura a lo largo de su obra publicada. En general, los mexicanos podemos afirmar haber leído algo de él, puesto que en la colección Sepan cuantos... de la Editorial Porrúa —volúmenes con los que muchos de nosotros nos hemos formado— prologó la inmemorial *Odisea* de Homero, las *Cartas de relación de Hernán Cortés* y la *Utopía* de Tomás Moro.

Dentro de sus labores más destacables está el haber contribuido en la reapertura de la Biblioteca Nacional de México, que para entonces llevaba ocho años cerrada y de la que fue director de septiembre de 1956 a abril de 1965. La Biblioteca fue reinaugurada por el presidente de la República Adolfo López Mateos, el 2 de agosto de 1963; en ella fundó don Manuel Alcalá el Departamento Tiflológico en 1959, que sigue prestando servicio con material auditivo y en braille. Cabe señalar que fue don Manuel quien incorporó a la Biblioteca a otros humanistas destacados como fueron Ignacio Osorio Romero, Roberto Heredia Correa, José Quiñones Melgoza y José Germán Viveros. En la Universidad Nacional también desempeñó otros cargos: Consejero Universitario (1956-1965), miembro del Consejo Técnico de Humanidades (1956-1965) y del Consejo Técnico de Bibliotecas (1956-1965), al igual que presidente de la Comisión Dictaminadora del Instituto de Investigaciones Filológicas (1985).

Durante su desempeño como director de la Biblioteca Nacional, don Manuel fue electo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua el 28 de julio de 1961. Su discurso de ingreso como miembro de número (30 de agosto de 1962) "El cervantismo de Alfonso Reyes" fue publicado en una de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*,¹ al que dio respuesta don Francisco Monterde, director de la misma.² Manuel Alcalá ocupó la silla XVII, sitio antes concedido a Rafael Gómez, Federico

¹ *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente a la española. Participación en el III Congreso de Academias de la lengua española y discursos académicos* (México: Academia Mexicana correspondiente a la española, 1966), 155-174.

² *Ibid.*, 175-181.

Gamboa y Alfonso Reyes. El año de su ingreso don Manuel fue nombrado noveno bibliotecario de la Academia, cargo en el que sirvió a esa institución hasta 1965, y, en 1983, decimotercer secretario perpetuo. No sólo en México recibió este honor, en agosto de 1975 pasó a ser miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española y en mayo de 1991 de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Como diplomático tuvo varios cargos. Fue vicepresidente de la Federación Internacional de Documentación en la Comisión Latinoamericana con sede en Río de Janeiro de 1962 a 1964, embajador permanente ante la UNESCO (1965-1971), organismo en el que fungió como miembro del Consejo Ejecutivo (1968-1971), fue presidente del Comité de Organizaciones no Gubernamentales (1968-1970) y vicepresidente (1970 a 1971); también fue embajador de México en Paraguay (1971-1974) y en Finlandia (1978-1983), después de haber ocupado la Dirección General del Archivo y de la Biblioteca y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores entre 1974 y 1978.

Entre sus reconocimientos obtuvo la distinción *Officier de l'Ordre des Arts et des Lettres*, en 1964; el grado Gran Cruz de la Orden Nacional del Mérito y el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Asunción, en 1974; el grado *Grand Croix de l'Ordre du Mérite*, en 1975; y Gran Cruz de la Orden del León de Finlandia, en 1983.

Fue miembro de varias asociaciones académicas, como la Asociación de Bibliotecarios de Instituciones de Enseñanza Superior e Investigación (ABIESI), la Sociedad Mexicana de Filosofía y el Consejo Mexicano de Instituciones Humanísticas, en las que fungió como vicepresidente.

A continuación se reproduce el testimonio de Ruy Pérez Tamayo:

Yo tuve el privilegio de conocer a don Manuel cuando ingresé en la Academia Mexicana, el 23 de abril de 1987, y de disfrutar de su cultura, de su talento y de su amistad hasta el final, o sea, durante los últimos 13 años de su vida. Cuando murió, escribí lo siguiente: "Como secretario perpetuo de la Academia, Manuel era realmente perfecto. Iniciaba nuestras sesiones leyendo el 'desorden del día', después repasaba el acta de la sesión anterior, luego leía la correspondencia y las consultas, y después daba paso a las noticias que nos participaba nuestro director, don José Luis Martínez. Además de contestar la correspondencia de acuerdo con los puntos de vista

de los académicos, muchas de las consultas que se resolvían de inmediato también las respondía Manuel, e incluso aquellas que eran elaboradas en textos especiales por algún miembro de la Academia, también eran finalmente respondidas por él”.

Don Manuel Alcalá murió en la Ciudad de México el 7 de octubre de 1999. Concluyo con un listado cronológico de su obra.

BIBLIOGRAFÍA DE MANUEL ALCALÁ ANAYA

- “Los Estados Unidos y la guerra mexicana de Independencia” (tesis de bachiller, UNAM, ENP, 1936). *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* v, núms. 1 y 2 (2000): 207-239. <http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/download/651/640>.
- “Virgilio y Garcilaso, cinco églogas”. *Tierra Nueva* 6 (noviembre-diciembre de 1940): 334-344.
- “La flauta de jade, poemas chinos” (traducción). *Tierra Nueva* 3 (mayo-junio de 1940): 151-153.
- “En la cuarta vigilia (Bernardo Casanueva)”. *Tierra Nueva* 15 (diciembre de 1942): 166-168.
- “Del supuesto materialismo de Poe”. *Filosofía y Letras* 16 (octubre-diciembre de 1944): 171-184.
- “En torno al humanismo: Virgilio y Garcilaso”. Tesis de maestría, UNAM, 1944.
- “Humanismo y humanidades”. *Occidente* 4 (mayo-junio de 1945): 87-97.
- “El latín popular en la *Aulularia* de Plauto”. *Filosofía y Letras* 18 (abril-junio de 1945): 203-210.
- “Don Juan Manuel y Shakespeare. Una influencia imposible”. *Filosofía y Letras* 19 (julio-septiembre de 1945): 55-67.
- “Del virgilismo de Garcilaso de la Vega”. *Filosofía y Letras* 21 (enero-marzo de 1946): 59-78; 22 (abril-junio de 1946): 227-245.
- De César y Cortés*. Tesis de doctorado, UNAM, 1948. [Publicada en México: Editorial Jus, 1950]. <http://132.248.9.195/pmig2016/0195837/Index.html>

- "Virgilio en las odas latinas de Garcilaso". *Filosofía y Letras* 37 (enero-marzo de 1950): 157-164.
- "Libros de América". *Cuadernos Americanos* 4 (julio-agosto de 1950): 200-202.
- "Alfonso Reyes, el mexicano universal". *Filosofía y Letras* 53-54 (enero-junio de 1954): 149-164.
- "Prólogo" a Homero. *Odisea*, ix-xxiii. Sepan cuantos... 4. México: Porrúa, 1960.
- "Prólogo" a Hernán Cortés. *Cartas de relación*, ix-xxiii. Sepan cuantos... 7. México: Porrúa, 1960.
- "Reseña histórica de la Biblioteca Nacional de México". *El Día* (4 de agosto de 1963).
- "Presencia de Ortega, el americano (influencia de Ortega y Gasset en México)". *Excelsior* (18 de noviembre de 1963).
- "Nota preliminar" a Carlos María de Bustamante. *Tres estudios sobre don José María Morelos y Pavón*. México: UNAM, Instituto Bibliográfico Mexicano, 1963.
- "El cervantismo de Alfonso Reyes", discurso de ingreso a la Academia de la Lengua. Respuesta de Francisco Monterde. México: UNAM, 1964; *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, t. XVIII (1967): 155-174; UNAM, Coordinación de Humanidades, 1997.
- "Luis Vives en la traducción". *Lecturas* 1 (1° de enero de 1964): 19-24.
- "¿Quién es Don Quijote?". *Revista UNAM* 18 (1964): 4-8.
- "Los neologismos y su peligro". *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, t. XIX (1968): 288-289.
- Buñuel, cine e ideología*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- "Introducción" a Tomás Moro. *Utopía*, ix-xxxiv. Sepan cuantos... 282. México: Porrúa, 1975.
- "El poeta de la negritud". *Boletín Capilla Alfonsina* 30 (1975): 42-45.
- "Reseña de M. Chevalier. *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*". *Boletín del IIB* 13 (1976): 319-322.
- "Isidro Fabela". *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, t. XXII (1976): 200-204.
- "Introducción" a *México a través de los informes presidenciales*, t. 3. *La política exterior*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Secretaría de la Presidencia, 1976.

- "*Temere de sirenibus notulae*". *Nova Tellus* 3 (1985): 187-219.
- "La leyenda de Teófilo". Respuesta al discurso de Luis Astey en su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 7 de febrero de 1995. *Estudios* 11 (1995): 25-29. http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras41/texto2/sec_1.html
- "El castellano, ¿lengua obligatoria?". Respuesta al discurso de Silvio Zavala en su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 28 de enero de 1977. México: UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial / Academia Mexicana de la Lengua, 2010.
- "Los diccionarios de ayer y de mañana". Respuesta al discurso de Guido Gómez de Silva en su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 5 de marzo de 1992. México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, 2010.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beuchot, Mauricio, coordinador. *Diccionario de humanistas clásicos de México*. México: UNAM, IIFL, 2001.
- "Decreto que concede el permiso al C. Manuel Alcalá Anaya para aceptar y usar la condecoración que le confirió el Gobierno de Francia". *Diario Oficial*, 9 de marzo de 1965. http://www.dof.gob.mx/nota_to_imagen_fs.php?codnota=4606415&fecha=9/03/1965&od_diario=197838.
- Diccionario de Escritores Mexicanos, siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. T. 1 (A-CH). México: UNAM, IIFL, 1988.
- Enciclopedia de México*. T. 1. México: SEP, 1987.
- Gutiérrez, E. R. "Manuel Alcalá, secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua. La renovación del idioma no debe alarmarnos; lo que se debe combatir es la corrupción". *Unomásuno* (4 de abril de 1984).
- Henestrosa, Andrés. "El cervantismo de Alfonso Reyes". "La Nota Cultural". *El Nacional* (30 de junio de 1964).
- Memorias de la Academia Mexicana correspondiente a la española. Participación en el III Congreso de Academias de la lengua española y discursos*

académicos. México: Academia Mexicana de la Lengua correspondiente a la española, 1966.

Morales Campos, Estela. *Forjadores e impulsores de la bibliotecología latinoamericana*. México: UNAM, 2006.

Pérez Tamayo, Ruy. "Manuel Alcalá". En *Semblanzas de académicos, antiguas, recientes y nuevas*. Edición de José Luis Martínez, 25-28. México: Academia Mexicana / Fondo de Cultura Económica, 2004.

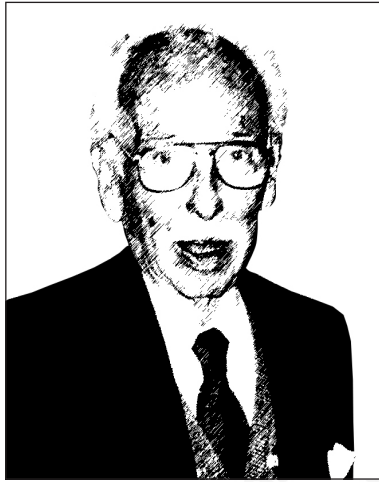
Valle, Rafael Heliodoro. *Correspondencia con Manuel Alcalá Anaya, 1933-1954* [manuscrito]. Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
(1917-2009)

Vicente Quirarte*

Don Ernesto de la Torre Villar honró con su entrada a la Academia Mexicana de la Lengua el 13 de marzo de 1970. A los 53 años de edad, se hallaba en plenitud de su tarea creadora: la pluma construía con elegancia, solidez y permanencia páginas que iluminan las zonas más diversas del conocimiento. Idéntica pasión consagraba entonces a dirigir nuestra Biblioteca Nacional. Las razones para su ingreso eran indiscutibles, pero honra evocar los nombres de quienes lo propusieron: don Francisco Fernández del Castillo, don Justino Fernández y don Rubén Bonifaz Nuño. Don Ernesto ya era autor de libros que reflejaban el amplio espectro de sus afanes: *Baltasar Dorantes de Carranza y la Sumaria Relación, Las reducciones de los pueblos indios en los siglos XVI y XVII; Alberto Durero, los presentes de Moctezuma y otros testimonios; El triunfo de la república liberal, La constitución de Apatzingán y*

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

los creadores del estado mexicano y *Lecturas históricas mexicanas*, una de las múltiples herramientas que nuestro homenajeado legó a varias generaciones que continúan nutriéndose en sus páginas. Es una obra clásica de nuestra historiografía: con inaudita paciencia y generosidad, el autor da a conocer las diversas voces que en diferentes épocas han dado testimonio del tiempo mexicano.

Para fortuna nuestra, durante los 40 años posteriores a recibir la noticia de que había sido aceptado en la Academia, don Ernesto continuó trabajando con orgullosa y auténtica humildad. Sin pausa pero sin tregua, siguió investigando, pensando y escribiendo con la versatilidad de sus años mozos, en textos que lo rejuvenecían y, por tanto, nos otorgan nueva savia. Diversidad no fue en él sinónimo de dispersión. Cada uno de sus ensayos o sus libros es una lección de contenido y continente. Su biobibliografía, preparada por Amaya Garritz, da cuenta de las múltiples direcciones de su trabajo. Para sólo mencionar los últimos, recordemos uno que ya desde el título constituye un juicio histórico: *La inteligencia liberadora. Esbozos y escorzos de Miguel Hidalgo*. Son apenas 81 páginas, pero no hay en ellas una línea desperdiciada.

Con su habitual solidez y sentido de la justicia, don Ernesto hace un brillante repaso historiográfico de la recepción de la figura de nuestro iniciador, desde quienes lo conocieron personalmente como Lucas Alamán hasta estudios más recientes. Particular mención merece su monumental *Arte de ilustrar en México*, donde estudia el trabajo de 23 cronistas de la línea, artífices de expresiones resumidas en el trazo maestro. Ernesto de la Torre vuelve a poner sobre el escenario el dilema entre el artista como creador y el ilustrador como intérprete. El autor se adelanta al afirmar rotundamente que los artistas incluidos en su libro son "seres excepcionales que transforman el pensamiento en belleza". Por regla general, nuestra exuberancia criolla es desmesurada en sus alcances. Intenta grandes edificios y al final se queda con una humilde aunque sólida y habitable choza. Lo opuesto ocurre con don Ernesto. Las cien páginas del prólogo a las *Obras históricas* de José Fernando Ramírez en la Nueva Biblioteca Mexicana constituyen un verdadero libro sobre uno de nuestros más notables historiadores.

Don Ernesto de la Torre Villar fue el perfecto bibliógrafo. Se emocionaba como niño hasta en el más humilde puesto de libros de segunda

donde, con ojo educado, sabía localizar la joya ignorada por otros. *Elogio y defensa del libro* es el título que don Ernesto dio al discurso de Juan Bautista Valenzuela Velázquez. Elogio y defensa son la divisa de una existencia que en el servicio a los otros ha encontrado su satisfacción mayor. El verdadero elogio constituye una defensa, y una defensa justificada basta para hacer brillar al sujeto de nuestro elogio. Autor de una larga serie de obras dedicadas al conocimiento bibliográfico de México y en particular al arte del libro, cabe recordar *Breve historia del libro en México*, *La Biblioteca Mexicana de José Eguiara y Eguren* y *Ex libris y marcas de fuego*.

La escritura de Ernesto de la Torre fue la de un hombre feliz, lo cual no significa que no se haya visto enfrentado a las tinieblas y caídas que corresponden a un varón de su linaje. Su vida y su obra fueron las de un hombre feliz porque se dedicó a fomentar el conocimiento en los otros. Cada una de sus páginas es una búsqueda de la luz y hacia el desciframiento de la criatura humana.


Tuvo don Ernesto fervor y por tanto identificación con Juan José de Eguiara y Eguren y fray Pedro de Gante. Ambos hombres de acción y pensamiento son arquetipos que contribuyeron a forjar el alma del investigador íntegro y del humanista nato que don Ernesto se afanó en ser desde sus primeros años y sus primeras investigaciones. Discípulo de Fernand Braudel, intuyó desde muy joven que no valía la pena escribir una línea o ensayar una investigación que no atreviera la larga duración. En su breve e intensa autobiografía, don Ernesto de la Torre dice sentirse satisfecho de vivir “nada envidioso ni envidiado”. Lo que en otro sería un principio de soberbia, hermana de la falsa modestia, en él es una verdad absoluta. Creo que, sinceramente, ninguno de quienes lo quisimos lo envidiamos porque su gran lección fue conducirnos, en sus páginas y en su vida, al equilibrio, a la satisfacción que otorga la más alta varonía que él ejerció cada instante de su fecunda existencia.

En 2009, apenas unos días después de que el ritmo natural determinara que dejáramos de disfrutar de la presencia física de nuestro maestro, una editorial de Guadalajara me encomendó escribir un libro que hablara sobre el libro. Antes de darle título, inscribí la dedicatoria que a la letra dice: “A Ernesto de la Torre Villar, espejo de caballeros”. La frase, que descubrí en una placa de Sevilla, tiene múltiples significados, pero la vida y la obra de don Ernesto nos dan, acaso, el más importante: ante la menor

duda que nos plantee la vida como rencor, frustración o desengaño, acudamos a la integridad del hombre que nunca dejó de ser don Ernesto.

Edmundo O’Gorman —que no era pródigo en elogios— dijo en una ocasión que Ernesto de la Torre Villar era un sabio. Lo fue tanto de modo sustantivo como adjetivo, pues no todos los hombres cultivados son sabios ni todos los sabios merecen ser llamados hombres. Si hubiera que resumir en una fórmula el secreto de su obra rica y generosa, éste se hallaría en su capacidad de verdadero maestro que utiliza las palabras para construir y modelar, y con ello hacer del mundo un lugar más habitable.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transferencia
o el disfrute del derecho autoral de la obra.





MARÍA DEL CARMEN RUIZ CASTAÑEDA
(1926-2013)

UNA VIDA SINGULAR DEDICADA A LA HEMEROGRAFÍA

Irma Lombardo García *



n referente obligado para quienes se interesan por la historia de la prensa en México es la vasta obra escrita por la maestra en Letras especializada en Lengua y literatura españolas, María del Carmen Ruiz Castañeda. Entusiasta por el estudio de esta área de conocimiento, afirmaba desde 1950 que el periodismo en todos sus aspectos era un tema casi olvidado por los investigadores: "montañas de papeles amarillentos y semidestruídos, algunos de ellos próximos a desintegrarse, esperan la diligencia de los estudiosos de la historia, la sociología y la literatura mexicanas, para entregar un tesoro

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

de preciosas sugerencias”.¹ Destaca entre sus libros y artículos el que ha instruido a una considerable cantidad de generaciones por ser una lectura obligatoria en las escuelas de periodismo: *El periodismo en México: 450 años de historia*, un trabajo colectivo con Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres que contó con dos ediciones.² Posteriormente se publicó bajo el título *El periodismo en México: 500 años de historia*,³ en colaboración con Luis Reed Torres, aunque cabe hacer notar que, generalmente, la autoría de la obra se atribuye a Ruiz Castañeda.

Lo anterior obedece a que los capítulos bajo su nombre son los más puntuales, extensos y pródigos en datos, resultado de su dedicación y experiencia obtenidas por sus cerca de 15 años como “Hemerógrafa” —nombramiento con el que inició sus actividades en la Hemeroteca Nacional en febrero de 1960— y de su actividad docente, tanto en la Escuela Nacional Preparatoria, donde impartía la asignatura Literatura mexicana, como en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, con las materias Historia de la prensa y el periodismo en México (1950-1962), Seminario de lectura de los grandes periodistas nacionales (1963-1966) y Desarrollo de los medios de comunicación colectiva en México (1967-1974).

El libro que nos ocupa es una historia general, organizada cronológicamente, que reconstruye el camino seguido por el periodismo desde el periodo colonial hasta el nacimiento de la Cadena García Valseca, aunque en la última edición se añade un capítulo con datos acerca de la prensa en los últimos años del siglo xx. En sus páginas desfilan nombres de periodistas y títulos de publicaciones periódicas que influyeron en la vida cultural y política del país, de ahí que facilite un acercamiento a personajes y sucesos, así como a grupos de poder e influencia en la vida política, principalmente del siglo decimonónico.

¹ María del Carmen Ruiz Castañeda, introducción a *Periodismo Político de la Reforma en la Ciudad de México: 1854-1861* (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1954), 7-8.

² Ruiz Castañeda, Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres, *El periodismo en México: 450 años de historia* (México: Editorial Tradición, 1974). La segunda edición se hizo en 1980 por la UNAM y la FES-Acatlán.

³ Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia*, 3ª ed. (México: Club Primera Plana / EDAMEX, 1995).

Su lectura facilita a los interesados en el desarrollo de la prensa la elaboración de un primer cuadro de publicaciones periódicas que circularon en un lapso de tiempo —por decir lo menos— y la tendencia que sostuvieron frente a distintos actores y hechos políticos. Ofrece tanto pistas y huellas del quehacer periodístico como datos de los primeros impresores y de los caricaturistas políticos, al igual que nombres de periódicos de información general y carácter monotemático (infantiles, de literatura, obreros, etc.). Sugiere temas de estudio, por ejemplo cómo se desarrollan las empresas de prensa, cuándo puede hablarse de periodismo moderno y quiénes lo impulsan.

Conservo gratos recuerdos de la primera edición de este libro porque la maestra María del Carmen me entregó un ejemplar en propia mano; además me obsequió el disco *Canciones de la Intervención Francesa*, material que recopiló con Irene Vázquez Valle;⁴ claro está que sentí gran satisfacción de trabajar bajo sus órdenes. Esto ocurrió cuando ella ocupaba la dirección de la Hemeroteca Nacional. Su llegada a este puesto fue respaldada por los trabajadores sindicalizados, y el rector Guillermo Soberón Acevedo la designó directora el 21 de febrero de 1973; fue la tercera en el cargo, después de Rafael Carrasco Puente y Gustavo A. Pérez Trejo. Continuó con este nombramiento hasta el 2 de marzo de 1978 para, de inmediato, ocuparse de la dirección del Instituto de Investigaciones Bibliográficas durante un primer periodo que fue del 3 de marzo de 1978 al 12 de marzo de 1984 y el segundo, del 13 de marzo de 1984 al 12 de marzo de 1990.

Coincido con las apreciaciones de la maestra Gisel Cosío, quien expresa que durante su gestión en el IIB Ruiz Castañeda: “encaminó sus esfuerzos para atraer la atención de los periódicos con el fin de resolver problemas institucionales a través de la presión mediática”.⁵ En su primer

⁴ *Canciones de la Intervención Francesa* (México: INAH, Museo Nacional de Historia / SEP, 1973); 2ª ed., 1975 (2 mil ejemplares); 3ª ed., 1977 (2 mil ejemplares); 4ª ed., 1980 (3 mil ejemplares); 5ª ed., 1982 (3 mil ejemplares). Cabe aclarar que en 1999 el INAH difundió la versión electrónica de este material en casete y CD, y los créditos de las investigadoras no fueron respetados.

⁵ Gisel Cosío Colina, “La construcción de la imagen a través del periodismo. El caso de la Biblioteca Nacional de México” (tesis de maestría en Comunicación, UNAM, 2016), 83-84.

periodo como directora del Instituto concedió un buen número de entrevistas a distintos medios y en todos, además de dar a conocer la valía de los acervos de la Biblioteca y Hemeroteca nacionales, manifestaba la necesidad de un nuevo local para ambas instituciones.

Por último, fue construido un edificio en el Centro Cultural de la Ciudad Universitaria para alojar a las nacionales y a la institución que desde 1967 los resguarda, el IIB. Se inauguró el 3 de diciembre de 1979 y la maestra María del Carmen Ruiz Castañeda quedó al frente del traslado y organización de los materiales bibliográficos provenientes de los antiguos templos de San Agustín y de San Pedro y San Pablo. En los primeros meses de 1981 fue inaugurado el servicio al público.

Ya en su nueva residencia, el Instituto tuvo un notable desarrollo: incrementó su personal académico, se editaron numerosos libros y publicaciones, mejoraron varios servicios y se dio inicio a las tareas de microfilmación del acervo de la Hemeroteca. La maestra Sofía Brito informa que en 1980 se crearon varias salas especiales como la de Mapoteca, Videoteca, Materiales didácticos e Iconoteca; también fue considerada la modernización de la Biblioteca Nacional, para lo que se incorporó la normatividad internacional del momento y —ya con fines de automatización— se utilizó la última edición de las *Reglas de catalogación angloamericanas* y el Formato Marc.⁶

Conocí a la maestra Ruiz Castañeda cuando fue mi profesora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; después acudí a su oficina en las instalaciones del antiguo templo de San Pedro y San Pablo, ubicado en el Centro Histórico, en las calles de El Carmen y Venezuela, para solicitarle que me recibiera con la plaza de Analista que obtuve en la Subdirección General de Información, pues esta dependencia sería desmantelada por motivos sindicales. Me recibió con afecto y empecé a trabajar a su lado en noviembre de 1973.

La maestra tenía una formación sólida, era una mujer inteligente, de mucho trabajo. La recuerdo frente a su máquina de escribir portátil y revisando detenidamente un periódico de grandes dimensiones colocado sobre un atril. Cuando investigaba o debía entregar algún artículo,

⁶ Sofía Brito, "Cronología 1828-2006", en *La Biblioteca Nacional. Triunfo de la República* (México: UNAM, 2006), 303.

le incomodaban las interrupciones, e instruía a su secretaria, para que nadie la molestara; si esto llegaba a suceder, no disimulaba en absoluto su enojo.

Compartimos numerosas experiencias académicas: fui su adjunta en la FCPYS; como ayudante de investigación, colaboré con ella en varios trabajos y exposiciones. En ocasiones, cuando se veía agobiada y llena de tareas, me solicitó apoyo para el “Arcón del Siglo XIX”, que publicaba todos los sábados en la página editorial de *Excelsior* (de marzo de 1965 a diciembre de 1975), y también para los “Tijeretazos”, que se difundían en la página editorial de la primera edición de *Últimas Noticias de Excelsior* (de 1964 a 1976). La maestra dejó de colaborar en esa casa editorial a la salida de Julio Scherer de la dirección del periódico.⁷ Debo añadir que también disfrutamos de muchas pláticas acompañadas de anécdotas, risas y varios tequilas en la fonda Las Delicias, cercana a la Hemeroteca y, más adelante, en otros restaurantes del sur de la ciudad.

María del Carmen Ruiz Castañeda nació en Tampico, Tamaulipas, el 24 de agosto de 1926; realizó sus estudios en la Ciudad de México. Ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1944-1948) y a la Facultad de Filosofía y Letras (1944-1946). Obtuvo el reconocimiento *cum laude* por sus estudios de maestría en Letras, especializada en Lengua y literatura españolas. Su tesis, presentada en 1950, “Periodismo político de la Reforma en la Ciudad de México 1854-1861”, despertó el interés del doctor Lucio Mendieta y Núñez, director del Instituto de Investigaciones Sociales, quién informó a la maestra que estaba interesado en que el Instituto la publicara. A la edición del libro se sumó su contratación como investigadora en el periodo 1954-1960.⁸

Después llegó a la Hemeroteca: “incluso renunciando a mi carrera académica, [en el IIS] simplemente por la afición al sitio, al repositorio de los periódicos, es donde se encuentra toda la memoria del país”.⁹ Formó

⁷ Otra de sus colaboraciones en la página editorial de *Excelsior* fue la sección “Ofertas sin Demanda...”, en colaboración con Luis Mario Schneider, que se publicó de mayo de 1964 a febrero de 1965. Publicó mensualmente “Arcón Científico”, en *Comunidad Conacyt*, a partir de diciembre de 1977 hasta octubre-noviembre de 1981.

⁸ “Autores Universitarios. Desde la Biblioteca Nacional. Entrevista a María del Carmen Ruiz Castañeda”, *Fomento Editorial*. Órgano informativo, núm. 22 (octubre de 1988): 3-6.

⁹ *Ibid.*

parte del cuerpo de investigadores del IIB desde su fundación en 1967 hasta el 1 de mayo de 2011, cuando se retiró por su jubilación.

Si bien es autora de varios libros, muchas de sus aportaciones a la literatura y al periodismo se localizan en capítulos de libros colectivos, folletos y artículos. Un informe detallado de su producción académica se encuentra en línea en la Base de Datos Bibliográfica de Humanidades y Ciencias Sociales de la Coordinación de Humanidades (Humanindex).

Su última obra, que ella misma consideró como “la más importante en los cincuenta años de permanencia en la UNAM”,¹⁰ *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, fue editada por el IIB en 2014, en coautoría con Sergio Márquez Acevedo, quien fue su principal colaborador en un buen número de investigaciones. Es un CD-ROM de 2,412 páginas que amplía los catálogos editados en los años 1986 y 1990, y al cual se añadió una nota biográfica de los escritores. Conviene recordar que por esta investigación la UNAM obtuvo el Premio Caniem (Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana) correspondiente al año 2000.

La maestra María del Carmen Ruiz Castañeda falleció el 12 de enero de 2013, dos años después de su jubilación en el IIB, institución donde trabajó durante 51 años.¹¹

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- “Autores Universitarios. Desde la Biblioteca Nacional. Entrevista a María del Carmen Ruiz Castañeda”. *Fomento Editorial*. Órgano informativo, núm. 22 (octubre de 1988): 3-6.
- Brito, Sofía. “Cronología 1828-2006”. En *La Biblioteca Nacional. Triunfo de la República*, 287-306. México: UNAM, 2006.
- Canciones de la Intervención Francesa*. México: INAH, Museo Nacional de Historia / SEP, 1973.

¹⁰ “Actividades realizadas durante el periodo a evaluar”, documento fechado el 18 de mayo de 2005, se localiza en el expediente personal de María del Carmen Ruiz Castañeda en el IIB.

¹¹ Agradezco a mis compañeros Sergio Márquez Acevedo y Javier Ruiz que me hayan proporcionado la fecha de fallecimiento de la maestra María del Carmen.

Cosío Colina, Gisel. "La construcción de la imagen a través del periodismo. El caso de la Biblioteca Nacional de México". Tesis de maestría en Comunicación. UNAM, 2016.

Ruiz Castañeda, María del Carmen. "Introducción". En *Periodismo político de la Reforma en la Ciudad de México 1854-1861*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1954.

_____, Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres. *El periodismo en México: 450 años de historia*. México: Editorial Tradición, 1974.

_____, y Luis Reed Torres. *El periodismo en México: 500 años de historia*. 3^a ed. México: Club Primera Plana / EDAMEX, 1995.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



IGNACIO OSORIO ROMERO (1941-1991)

Hilda Julieta Valdés García *



Ignacio Osorio Romero nació el 10 de mayo de 1941 en Temascalcingo, Estado de México. Allí cursó sus estudios primarios e ingresó en la sede que el Seminario Conciliar Menor tenía en ese lugar. Posteriormente se trasladó al Seminario Conciliar de la Ciudad de México para concluir sus estudios en Humanidades. Debió ser, sin duda, en esa etapa cuando naciera en el joven Ignacio la vocación de latinista. A los 21 años de edad ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México para cursar la licenciatura en Letras Clásicas. En 1978 obtuvo el grado de maestro y en 1989, el de doctor.

En 1962, Ignacio Osorio y Roberto Heredia, siendo estudiantes de licenciatura, comenzaron a trabajar en la Biblioteca Nacional de México por invitación del director de esta institución, don Manuel Alcalá,

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

quien supo reconocer el ingenio sobresaliente de sus jóvenes discípulos. El ambiente no pudo ser más propicio, ya que el grupo de investigadores conformado por don Ernesto de la Torre Villar, José Ignacio Mantecón —figura señera de la bibliografía mexicana—, Roberto Moreno, María del Carmen Ruiz Castañeda, José Quiñones y Jesús Yhmoff, entre otros, compartía el vivo interés por rescatar el valioso patrimonio bibliográfico. Entre 1965 y 1972, Osorio fungió como secretario de redacción del *Boletín de la Biblioteca Nacional*.

Como docente de la Facultad de Filosofía y Letras, impartió los cursos de Lengua y Literatura del Mundo Clásico y de México; asimismo, desempeñó varios cargos académico-administrativos: coordinador del Departamento de Letras Clásicas (1969-1977); jefe del Centro de Apoyo a la Docencia (1986-1988) y director del Centro de Educación Continua y Proyectos Especiales (1989).

En 1973, Ignacio Osorio se incorporó al Centro de Estudios Clásicos como investigador. Una década más tarde, cuando se creó la revista de este centro, Osorio proporcionó el nombre de ésta, inspirado en un poema latino inédito del siglo XVI, escrito por un jesuita novohispano apellidado Peña, que versa: *O nova pars mundi, Nova Tellus et novus orbis perge*.¹ La historia de esta revista especializada se encuentra ligada intrínsecamente a los intereses académicos que en aquel tiempo desarrollaban los investigadores mencionados. Las tres secciones que compendia *Nova Tellus* eran Filología Griega, Filología Latina y Filología Neolatina. Osorio había dedicado totalmente su vida académica a esta última, al desarrollar su “ambicioso proyecto sobre la enseñanza del latín en la Nueva España”, el cual lo llevó a “adentrarse en ámbitos diversos de la cultura colonial” y lo convirtió en “un profundo conocedor de la literatura, la educación y la bibliografía de ese periodo”.² La pasión por la bibliografía y el mundo novohispano estaba bien arraigada en Ignacio Osorio. Así lo dio a conocer en la conferencia “Las humanidades y la Biblioteca Nacional”, dictada en la celebración del centenario de fundación de nuestro

¹ Roberto Heredia, “Convergencias y divergencias. Algunos recuerdos del quehacer académico de Ignacio Osorio”, *Revista de la Universidad de México*, núms. 504-505 (enero-febrero de 1993): 77.

² *Ibid.*

máximo repositorio. Consciente de la riqueza de obras de literatos coloniales resguardada en esta biblioteca, y cuyo estudio consideraba “de imprescindible necesidad para entender [...] la literatura novohispana” a la que tenía por “mal investigada y comprendida”, se propuso crear una biblioteca de autores latino-mexicanos, pues estaba seguro de que en ellos se encontraba “la misma evolución del ser nacional”.³

En efecto, Osorio reconocía como valiosas la labor y difusión de la tradición clásica en México realizada por los hermanos Méndez Plancarte y otros estudiosos; pero sus investigaciones en el Fondo de Origen y en el Archivo General de la Nación le confirmaron que aún existía un “caudal insospechado” de literatura latino-mexicana de época colonial y del México independiente en espera de ser descubierto. El estado lamentable en que se hallaban los documentos y libros antiguos debió despertar en nuestro universitario el más profundo humanismo, rasgo que lo caracterizaba, pues estaba seguro de que en aquellos tesoros debía encontrarse gran parte de la historia de nuestro país. Así justificó y proyectó su línea de investigación:

Es tan rico el filón grecolatino que para su estudio he creído conveniente formar los siguientes apartados sin cuya investigación previa no podrá escribirse seriamente la historia y la influencia de las letras clásicas en México: 1) noticias sobre la enseñanza del latín y el griego en las aulas mexicanas, 2) las gramáticas latinas y griegas, y antologías formadas y editadas en el país, 3) la producción de poesía, prosa y teatro en latín como en griego, 4) traducción de los clásicos, agrupados por autores, 5) comentarios y ensayos críticos sobre temas de literatura clásica, 6) influencia de toda esta cultura sobre las letras mexicanas, 7) todo lo referente a la huella clásica en México.⁴

A este ambicioso proyecto se dedicó por completo Ignacio Osorio y logró grandes avances en su corta pero fructífera vida; su dedicación absoluta al neolatín dio los siguientes resultados: *Tópicos sobre Cicerón*

³ Ignacio Osorio, “Las humanidades y la Biblioteca Nacional”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 1, núm. 2 (julio-diciembre de 1969): 129.

⁴ *Ibid.*

en México (1976), *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)* (1979), *Floresta de gramática, poética y retórica en Nueva España (1527-1767)* (1980), *Historia de las bibliotecas novohispanas* (1987), *Antonio Rubio en la filosofía novohispana* (1988), y *La enseñanza del latín a los indios* (1990), además de varios artículos compilados bajo el sugerente título de *Conquistar el eco, la paradoja de la conciencia criolla* (1989).

Estas investigaciones no solamente son un referente indispensable para entender la educación en la Nueva España: la habilidad de los indios en el aprendizaje del latín, la formación intelectual de los criollos y su producción literaria, sino también una revisión crítica de la herencia latina en la formación del México colonial. Ya apuntaba el mismo Osorio: “La cultura que los españoles introdujeron a estas tierras que ellos significativamente llamaron Nueva España tenía dos expresiones: una en lengua latina y otra en lengua castellana. Ambas corrientes fincaban sus raíces en la historia y la tradición”.⁵ En este sentido, Walter D. Mignolo, en su artículo “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)”, recuerda la trascendencia de la labor de Ignacio Osorio y secunda el valor de recuperar el latín, tan necesario para el estudio de la literatura latinoamericana colonial.⁶

Con gran maestría, Ignacio Osorio supo combinar la labor de bibliólogo, filólogo y educador en sus obras; en éstas encontramos, ciertamente, no sólo el testimonio de quien dedicó su vida a reivindicar la literatura latina novohispana y a sus autores, sino también una guía invaluable de textos y personajes de los que difícilmente encontraríamos información de no ser por su agudeza. Así, Osorio, consciente de la situación de nuestros archivos y bibliotecas, registró acertadamente poemas completos y versos sueltos “para evitar su pérdida”, acompañados siempre de amenos y eruditos comentarios. Sus diversos estudios son paradigmáticos en muchos sentidos, pues emprendió el rescate sistemático

⁵ Osorio, “Jano o la literatura neolatina en México (Visión retrospectiva)”, en *Conquistar el eco, la conciencia de la paradoja de la conciencia criolla* (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989), 11.

⁶ Walter Mignolo, “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)”, en *Teoría crítica de la literatura americana* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996), 4-5.

de la literatura neolatina, a fin de revalorarla críticamente, con lo que dio a conocer de este modo parte de los tesoros bibliográficos nacionales; de aquí que estudiosos de la Colonia reconozcan que sus trabajos “iluminan ampliamente, con gran erudición y sobre fuentes de primera mano, sin interpretaciones apriorísticas, un campo fundamental de la vida cultural novohispana”.⁷

Con la muerte de Osorio quedó inconclusa la tarea de tan insigne académico, pero sus obras han allanado el camino a los investigadores, pues, como él mismo señaló con modestia en sus prefacios, la vasta información contenida en sus trabajos es sólo “una parte de una investigación más amplia”.⁸ En efecto, *Floresta de gramática, poética y retórica en Nueva España (1521-1767)* y *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en la Nueva España (1572-1767)* son un valioso instrumento bibliográfico con ricos fragmentos y notas que orientan al lector; son además una invitación para que los autores novohispanos y sus obras sean estudiados, recuperados y valorados como literatura *lato sensu*.

El 20 de marzo de 1990 el doctor Osorio fue nombrado director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, e invitó a Roberto Heredia como secretario académico, quien nos legó el proyecto institucional de Osorio.

Poco más de un año duró su gestión. En ese corto lapso, Ignacio meditó, soñó y delineó un proyecto de Instituto, en el cual se conjugaban las funciones de una Biblioteca Nacional con las tareas que debe cumplir un instituto universitario de investigaciones bibliográficas. Dentro de este marco y para cumplir con los propósitos fundamentales del Instituto, promovió el cumplimiento y la reforma de la llamada ley de depósito legal —que en nuestro caso es un decreto— e inició los trabajos conducentes a la unificación de los acervos de la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales. Empezó, entre otros, los siguientes programas: Inventario general de los fondos bibliográficos antiguos, llamados en conjunto Fondo de Origen;

⁷ Luisa López Grigera, “Introducción al estudio de la retórica en el siglo XVI en España”, *Nova Tellus* 2 (1984): 95.

⁸ Ignacio Osorio, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en la Nueva España (1572-1767)* (México: UNAM, IIFL, Centro de Estudios Clásicos, 1979), 7.

Complementación de la Colección Nacional; Automatización y agilización de los procesos técnicos y los servicios de la Biblioteca y Hemeroteca; Elaboración de la Bibliografía Mexicana del siglo XIX; y Publicación de las obras fundamentales de nuestra bibliografía.

Osorio retomó proyectos de interés nacional que se habían suspendido, como la elaboración de las bibliografías de escritores de los estados. Finalmente, con visión clara del papel que le corresponde a la Biblioteca Nacional en el ámbito de las bibliotecas y la bibliografía del país, dio los primeros pasos en un proyecto que culminaría con la formación de un inventario unificado del patrimonio bibliográfico nacional.⁹

Pero la muerte cortó los hilos del quehacer de Ignacio Osorio, lo que no le permitió consumir su proyecto. Con esto, la Universidad perdió a un benemérito. Su magno proyecto del rescate del Fondo de Origen quedó truncado y la magna tarea aguarda para ser terminada.

La obra de este insigne universitario ha quedado incompleta, mas la agudeza y generosidad que nos heredó se mantiene en sus publicaciones biblio-filológicas, que son ya un referente obligado para los estudiosos del pensamiento novohispano. Así lo señalaba Rubén Bonifaz al lamentar la ausencia de su apreciado Ignacio: "los que no lo conocieron, lo conocerán por su obra [...] en ella encontrarán iluminaciones y caminos, y lo tendrán así, como acaso nunca podremos tenerlo nosotros. Y les será estímulo y ejemplo ambicionado".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Heredia, Roberto. "Convergencias y divergencias. Algunos recuerdos del quehacer académico de Ignacio Osorio". *Revista de la Universidad de México*, núms. 504-505 (enero-febrero de 1993): 76-79.

López Grigera, Luisa. "Introducción al estudio de la retórica en el siglo XVI en España". *Nova Tellvs* 2 (1984): 93-111.

⁹ Heredia, "Convergencias y divergencias", 79.


Mignolo, Walter D. "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales). En *Teoría crítica de la literatura americana*, 3-39. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996.

Osorio, Ignacio. *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en la Nueva España (1572-1767)*. Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 8. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1979.

_____. "Jano o la literatura neolatina en México (Visión retrospectiva)". En *Conquistar el eco, la conciencia de la paradoja de la conciencia criolla*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989.

_____. "Las humanidades y la Biblioteca Nacional". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 1, núm. 2 (julio-diciembre de 1969): 125-152.

Universidad Nacional Autónoma de México
 Instituto de Investigaciones Bibliográficas
 La reprografía de este material no implica autorización
 o el disfrute del derecho autor de la obra

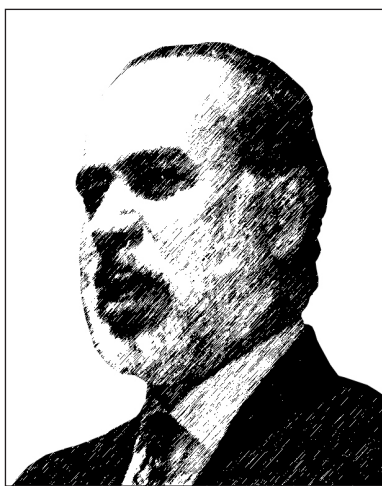


Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS



JOSÉ G. MORENO DE ALBA
(1940-2013)

Enrique Ángeles Vilchis*



osé Guadalupe Moreno de Alba, filólogo, investigador, maestro y académico mexicano, cuyo nombre de pluma era José G. Moreno de Alba, nació en Encarnación de Díaz, Jalisco, perteneciente a la diócesis de Aguascalientes, el 12 de diciembre de 1940. Hijo de don Juan José Moreno, un comerciante sin mayores recursos económicos, pero digno y atento a su familia, y de doña Socorro de Alba. Fue el menor de cinco hermanos: Ramón, Benjamín, Guillermo e Imelda.

Cuando tenía entre 1 o 2 años de edad, su familia se trasladó a la ciudad de San Luis Potosí. Después de permanecer dos años en esa entidad, se instaló en Aguascalientes. Allí llevó a cabo su educación primaria en el Colegio Alcalá, en honor del profesor Eugenio Alcalá. Tuvo “una

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

niñez tranquila, no particularmente feliz [...] sino normal”.¹ Guardaba un especial respeto y admiración a dos de sus maestros de primaria: su profesora de quinto, “la maestra Garcés”, “sumamente discreta y educada”, cuya virtud era “la tolerancia, la paciencia con sus estudiantes”, de quien aprendió “el ejercicio de la expresión oral”;² y el profesor Alcalá, de sexto año, a quien recordaba no sólo como “un hombre sumamente piadoso [que] convertía a veces la escuela en una especie de catecismo permanente”,³ sino como un maestro cruel y duro. Decía que el maestro Alcalá era la afirmación de sus padres en ese sentido.

A los 11 años de edad se trasladó a la Ciudad de México, donde cursó la enseñanza secundaria en el Seminario de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo, ubicado en la calle Moneda, número 85, Tlalpan. La educación en esa escuela —afirmaba— “era de un gran nivel”, y los profesores eran estudiantes de filosofía con “una excelente formación humanística”.⁴ Allí fue donde obtuvo los conocimientos básicos de latín y gramática, y donde inició su afición por la lectura y los libros. De acuerdo con su hermano Ramón y su amigo Enrique Cuevas (a quien conocieron en el Seminario y con el que mantuvieron una amistad fraternal), el joven estudiante se distinguió y caracterizó por su dedicación, su inteligencia y sus altas notas, que lo hicieron acreedor a reconocimientos y premios.

Se incorporó como ayudante de profesor de secundaria en el Instituto Fray Juan de Zumárraga, lo cual le permitió pagar sus estudios de preparatoria en esa misma institución, propiedad de don Alberto Vázquez Bracho. En 1964 ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde obtuvo la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas (1968), así como la maestría en Lingüística Hispánica (1970) y el doctorado en esta misma especialidad (1975). De 1967 a 1975 cursó estudios de Fonología, Fonética, Semántica, Dia-

¹ José G. Moreno de Alba en Adolfo Castañón, “Entrevista con José G. Moreno de Alba. Hacia una conciencia panhispánica”, *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 129 (noviembre de 2014): 53.

² Las anteriores citas en *ibid.*, 54.

³ *Ibid.*, 53.

⁴ *Ibid.*, 54.

lectología, Lingüística Contemporánea y Entonación Hispánica en el Centro de Lingüística Hispánica de la UNAM y en El Colegio de México.

Impartió las materias de Filología Hispánica y Lingüística Española e Hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras, y fue cofundador, becario e investigador del Centro de Lingüística Hispánica en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. En 1968 se desempeñó como ayudante del doctor Juan M. Lope Blanch en el curso de Español Superior. Ahí conoció a la entonces estudiante Cecilia Gutiérrez Arriola, con quien años más tarde contrajo nupcias y procreó dos hijos, Mauricio y Rodrigo. El doctor Gonzalo Celorio afirma que con ella estableció “una relación sintagmática” y formó “una familia realmente paradigmática”.⁵

En 1969 estuvo adscrito al proyecto *Atlas lingüístico de México*, dirigido por su admirado maestro Lope Blanch en El Colegio de México, que en opinión del doctor Celorio es “el repositorio más extenso de los rasgos lingüísticos (fonéticos, gramaticales y léxicos) del español hablado en México”.⁶ Fue profesor de Filología Hispánica y de Español Superior en la Universidad Iberoamericana (1969 a 1973), profesor visitante en El Colegio de México (1986-1989) y en las universidades más importantes de Gran Bretaña, Francia, Canadá, Estados Unidos y los Países Bajos (1987-1994), como en la Universidad de Montreal, la Universidad de Leiden y el Middlebury College. También participó en congresos nacionales e internacionales sobre el lenguaje español en América.

En 1970 ingresó como miembro activo a la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina. Al año siguiente fue nombrado socio del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas. Entre 1971 y 1986 fue representante de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina para México. El 8 de julio de 1977 fue electo miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, en la que ocupó la silla xv, vacante por la muerte del lingüista, profesor y académico Daniel Huacuja. El 10 de marzo de 1978, con sólo 37 años de edad, ingresó formalmente con un discurso sobre las variedades dialectales de la lengua en el continente americano, cuya importancia, a decir del doctor Celorio,

⁵ Gonzalo Celorio, “In memoriam. José G. Moreno de Alba”, *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 115 (septiembre de 2013): 63.

⁶ *Ibid.*, 64.

reside en su rigor científico. En esa misma institución ocupó otros cargos: censor (1992-2000), bibliotecario (2000-2003) y director (2003 - febrero 2011). Además, fue miembro correspondiente de la Academia Cubana de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

En 1982 fue designado director de la Facultad de Filosofía y Letras, cargo que desempeñó hasta 1986, donde se enfrentó, como señala el doctor Celorio, "a la complejidad académica, administrativa y política que la vida de una facultad como la de Filosofía y Letras entraña".⁷ El doctor José Pascual Buxó asegura que fue allí donde puso en práctica "la firmeza de sus convicciones universitarias y la templanza de carácter" y antepuso "a los impulsos disgregadores siempre presentes en toda agrupación humana, las normas de la convivencia universitaria y del razonamiento persuasivo y didáctico".⁸ Por su parte, la doctora Gloria Villegas refiere que "su conducción fue destacable y que durante su gestión se comenzó a tomar en cuenta a los profesores para la constitución de los cuerpos colegiados de cada carrera".⁹ Dirigió el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras (1979-1982), donde dio un gran apoyo a las áreas de formación docente y a la investigación en lingüística aplicada e impulsó la creación de una biblioteca; tuvo a su cargo el Centro de Enseñanza para Extranjeros (1989-1991), en el que fue un factor importante para la promoción y profesionalización académica.

Entre 1991 y 1999 fue director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, donde sus aportaciones fueron de gran trascendencia. En la Biblioteca Nacional, el doctor Moreno de Alba impulsó el desarrollo de los servicios de automatización (por ejemplo, el catálogo electrónico de los materiales hemerográficos) y de nuevos proyectos de investigación; además, estimuló la profesionalización del personal académico y dio una mayor difusión a la institución y a sus acervos. Pero, sin lugar a dudas, una de sus contribuciones más importantes fue su gestión para la construcción del Fondo Reservado, que resguarda archivos, colecciones

⁷ *Ibid.*, 63.

⁸ José Pascual Buxó, "José G. Moreno de Alba (1982 a 1986)", en *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras* (México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994), 587.

⁹ Gloria Villegas en David Alejandro Boyás Gómez, "José G. Moreno de Alba *In memoriam*", *Siempre!* (diciembre de 2013), <http://www.siempre.mx/2013/12/jose-g-moreno-de-alba-in-memoriám/>.

y fondos de gran valor. La intercesión tanto del doctor Moreno de Alba como del rector José Sarukhán ante el entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, fue esencial para la obtención de recursos económicos destinados a esa obra. También fue pieza clave en la defensa de la Biblioteca Nacional ante la crítica de personajes como el arquitecto Teodoro González de León, quien en un texto titulado "Arquitectura y política" afirmó: "No tenemos Biblioteca Nacional como la tienen todos los países latinoamericanos. Ni siquiera existe la institución".¹⁰ La respuesta del doctor Moreno de Alba fue contundente: "los mexicanos tenemos una Biblioteca Nacional desde que el presidente Benito Juárez la estableció por decreto del 30 de noviembre de 1867".¹¹

El paso del doctor Moreno de Alba por la Academia Mexicana de la Lengua, la cual estuvo a su cargo entre 2003 y 2011, también fue muy notable. No sólo fortaleció las relaciones de la institución tanto con la Asociación de Academias de la Lengua Española cuanto con la Fundación Pro Academia de la Lengua, sino también propició trabajos colectivos. Además llevó a cabo una reforma de los estatutos de la Academia mediante la cual el cargo de director ya no se ejercería de manera vitalicia, sino solamente por un periodo de cuatro años, con la posibilidad de ser reelecto en una sola ocasión. La doctora Concepción Company recuerda que el doctor Moreno de Alba "fue el gestor y el artífice de una nueva Academia, más moderna, más profesional, más comprometida socialmente y más conocida en las labores que realiza",¹² e hizo que funcionara a la par de la de Madrid. El doctor Moreno de Alba fue uno de los principales estudiosos de la lengua española, particularmente del español hablado en México, labor a la cual estuvieron dirigidas sus investigaciones. Sus líneas de investigación eran la dialectología, la gramática general y la sintaxis histórica. Pensaba que para considerar la lengua en su totalidad, debían atenderse "tres dimensiones o sistemas: la lengua cambia a través

¹⁰ Teodoro González de León, "Arquitectura y política", *Vuelta* 247 (junio de 1997): 42.

¹¹ José Moreno de Alba, "Sobre la existencia o no de la Biblioteca Nacional", *Vuelta* 248 (julio de 1997): 63.

¹² Concepción Company Company, "José G. Moreno de Alba 1940-2013", *Lingüística* 29, núm. 2 (diciembre de 2013): 325.

del tiempo (diacronía), de los niveles socioculturales (diastatía) y del espacio (diatopía)".¹³

Reconocía que "son los hablantes y [...] no los gramáticos ni los académicos los que 'norman' la lengua".¹⁴ Una de sus mayores preocupaciones fue "enseñar a los niños y a los jóvenes a leer comprendiendo, a hablar con precisión, a manifestar sus sentimientos, a escribir con claridad nuestra lengua".¹⁵

Fue autor de múltiples libros y artículos especializados. Entre sus obras destacan *El español en América* (1988), *Diferencias léxicas entre España y América* (1992), *Minucias, del lenguaje* (1992), *La pronunciación del español en México* (1994), *Nuevas minucias del lenguaje* (1996), *El lenguaje en México* (1999), *Suma de minucias del lenguaje* (2003), *La lengua española en México* (2003), *Introducción al español americano* (2007) y *Notas de gramática dialectal. El Atlas lingüístico de México* (2013). Tuvo una importante participación en el *Diccionario de la lengua española*, el *Diccionario panhispánico de dudas*, la *Nueva gramática* y el *Diccionario académico de americanismos*, obras de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Colaboró en el *Anuario de Letras*, en las revistas *Este País*, *Siempre!*, *Vuelta*, *Letras Libres*, *Estudios de Lingüística Aplicada*, *Revista de la Universidad de México* y *Nueva Revista de Filología Hispánica*, así como en los periódicos *Unomásuno* y *El Día* con la columna "Minucias del Lenguaje", nombre que adoptó del narrador, ensayista y periodista Victoriano Salado Álvarez, quien así bautizó sus colaboraciones periodísticas y tituló el libro que las reúne, publicado por la Secretaría de Educación Pública en 1957. Por su obra, trayectoria y aportaciones, el doctor Moreno de Alba recibió diversos premios y distinciones, entre los que destacan la condecoración de la Orden Civil Alfonso X El Sabio, en grado de Gran Cruz, que le otorgó el gobierno del Reino de España (1999); el Premio Universidad Nacional de Investigación en Humanidades, otorgado por

¹³ José Moreno de Alba, "La geolingüística", *Revista de la Universidad de México* 493 (agosto de 1976): 21.

¹⁴ José Moreno de Alba, *Minucias del lenguaje* (México: Océano, 1987): 10.

¹⁵ Palabras textuales de José Moreno de Alba en entrevista por el *Premio Nacional de Ciencias y Artes 2008*, José G. Moreno de Alba [video], <https://www.youtube.com/watch?v=iL-eJVKbYdQ>.

la UNAM (2003); Investigador Nacional Emérito del Sistema Nacional de Investigadores (2003); el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura (2008), el máximo reconocimiento que otorga el gobierno de México a los intelectuales más destacados.

El doctor Moreno de Alba falleció el 2 de agosto de 2013, a los 72 años de edad. Fiel universitario, fue un acérrimo defensor de su *alma mater*, la UNAM. No sólo fue un universitario comprometido y un amante de la lengua, sino también un hombre que vivió, como nos recuerda su viuda, la maestra Cecilia Gutiérrez, con intensidad y vehemencia todos sus actos: “sus estudios, su vida académica, sus relaciones familiares, la predilección por la música clásica, la lectura, el viajar, el beber y el buen comer”, así como “el amor por la fiesta brava”.¹⁶ Sus virtudes fueron, al modo de ver de su respetado maestro Rubén Bonifaz Nuño, la claridad y seriedad; para su colega y amiga Concepción Company, fueron “su capacidad y suma habilidad para poner orden en problemas lingüísticos”, así como “la capacidad de combinar la gestión directiva con la investigación”;¹⁷ para el doctor Vicente Quirarte, fue un universitario que dejó “huella de honestidad, rigor y transparencia en todos los escenarios donde sus múltiples talentos [exigieron] de su capacidad académica y directiva”.¹⁸ La maestra Cecilia lo recuerda como un hombre “gozoso, saboreando los momentos singulares de la vida”.¹⁹

Por mi parte, lo recuerdo como un destacado académico, pero también como un excelente hermano, padre y esposo; bondadoso y cordial; poseedor de una mirada inquisitiva, una sonrisa serena y un fino sentido del humor. El 2 de agosto de este 2017, don “Pepe Moreno” cumplió cuatro años de haber partido. Su muerte dejó un vacío tanto en la academia cuanto en quienes tuvimos el honor y la suerte de conocerlo. Escribo estas líneas, con respeto y admiración, para rendir un pequeño homenaje a un hombre honesto, generoso y ejemplar; a un distinguido

¹⁶ Cecilia Gutiérrez Arriola, “Filología y pasión taurina”, *Revista de la Universidad de México* 138 (agosto de 2015): 34.

¹⁷ Concepción Company Company, “José G. Moreno de Alba. Maestro, colega, jefe e amigo”, *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 129 (noviembre de 2014): 50.

¹⁸ Vicente Quirarte, “Humanista entre libros”, *Revista de la Universidad de México* 115 (septiembre de 2013): 68.

¹⁹ Cecilia Gutiérrez, “Filología y pasión taurina...”, 35.

e ilustre universitario, a un humanista que con su talento y sabiduría nos dejó como legado un mayor conocimiento sobre nuestra lengua. Hasta pronto, doctor Moreno de Alba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boyás Gómez, David Alejandro. "José G. Moreno de Alba *In memoriam*". *Siempre!* Diciembre de 2013. <http://www.siempre.mx/2013/12/jose-g-moreno-de-alba-in-memoriám/>.
- Castañón, Adolfo. "Entrevista con José G. Moreno de Alba. Hacia una conciencia panhispánica". *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 129 (noviembre de 2014): 53-61.
- _____. "José G. Moreno de Alba: Hacia una conciencia panhispánica II". *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 130 (noviembre de 2014): 74-80.
- Celorio, Gonzalo. "In memoriam. José G. Moreno de Alba". *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 115 (septiembre de 2013): 61-67.
- Company Company, Concepción, "José G. Moreno de Alba 1940-2013". *Lingüística*. Vol. 29, núm. 2 (diciembre de 2013): 323-329.
- _____. "José G. Moreno de Alba. Maestro, colega, jefe y amigo". *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 129 (noviembre de 2014): 49-52.
- González de León, Teodoro. "Arquitectura y política". *Vuelta* 247 (junio de 1997): 38-43.
- Gutiérrez Arriola, Cecilia. "Filología y pasión taurina". *Revista de la Universidad de México* 138 (agosto de 2015): 34-35.
- Guzmán Betancourt, I. y P. Máynez (coords.). *Estudios de lingüística y filología hispánicas en honor de José G. Moreno de Alba. Memoria del IV Encuentro de Lingüística en Acatlán*. México: UNAM, IIB, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Nacional, 2003.
- Moreno de Alba, José. "La geolingüística". *Revista de la Universidad de México* 493 (agosto de 1976): 21-24.
- _____. *Minucias del lenguaje*. México: Océano, 1987.
- _____. "Sobre la existencia o no de la Biblioteca Nacional". *Vuelta* 248 (julio de 1997): 63.

- "Moreno de Alba, José G." *Diccionario de escritores mexicanos siglo xx*. T. v 485-490. México: UNAM, IIF, DGAPA, 2000.
- Pascual Buxó, José. "José G. Moreno de Alba (1982 a 1986)". En *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*, 587-588. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1994.
- Premio Nacional de Ciencias y Artes 2008, José G. Moreno de Alba* [video]. Centro de Producción de Programas Informativos y Especiales (11 de mayo de 2011). <https://www.youtube.com/watch?v=iL-eJVKbYdQ>.
- Quirarte, Vicente. "Humanista entre libros". *Revista de la Universidad de México*, nueva época, 115 (septiembre de 2013): 68-70.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS